



Joaquín Calvo-Sotelo

Una noche de lluvia
Comedia en dos actos y en prosa

A Julia Gutiérrez Caba, que llenó de luz una noche de lluvia.
Esta comedia se estrenó en el Teatro Lara, de Madrid, del que es
empresario Conrado Blanco, el 8 de octubre de 1968.

Personajes

LILY.
ALBERTINA.
NATI.
MATILDE.
LOLÓN.
ENCARNA.
MARGA.
JUAN.
JUANELO.
RAMÓN.
ROBERTO.
SUÁREZ.

Acto I

La escena está a oscuras. Se oyen unos fuertes aplausos que no fuera malo que pudieran volver a oírse al final. Apenas se acallan, se escuchan en una cinta magnetofónica las voces de JUAN, de SUÁREZ y de LILY.

JUAN.- Escúchame, Suárez, ¿quién es esa muchacha?

SUÁREZ.- ¿Cuál? Hay doce.

JUAN.- Esa rubita a la que le brillan los dientes.

SUÁREZ.- Ah, ésa es Lily.

JUAN.- ¿No me diga? ¿Se llama Lily? ¡Qué coincidencia tan graciosa!

SUÁREZ.- ¿Quiere hablarla?

JUAN.- ¿Tiene algún amor conocido?

SUÁREZ.- Por el momento, no, que yo sepa. Es bastante seriecita, dentro de lo que cabe. Yo creo que con un poquito de mano izquierda...

JUAN.- Avísela, haga el favor.

SUÁREZ.- ¿Ensayamos, por fin, mañana?

JUAN.- Sí, pero música nada más.

SUÁREZ.- Pchsss, pchsss. Oye, tú.

LILY.- ¿A quién llama usted?

SUÁREZ.- A ti, guapa.

LILY.- ¿Y no sabe hacerlo con otros modos?

SUÁREZ.- No te enfades. El patrón quiere hablarte.

LILY.- (Sorprendida.) ¿Don Juan?

SUÁREZ.- El mismo.

JUAN.- Buenas noches, señorita.

LILY.- Buenas noches, don Juan.

JUAN.- Me han dicho que se llama Lily, ¿es verdad?

LILY.- Sí.

JUAN.- Precioso nombre.

LILY.- Muchas gracias.

JUAN.- ¿Está cansada?

LILY.- No, me gusta trabajar.

JUAN.- ¿Qué tal era el público de hoy?

LILY.- Muy bueno. Lo cogía todo.

JUAN.- (Se ríe.) Óigame, Lily. ¿Tiene prisa?

LILY.- ¿Yo? Ninguna.

JUAN.- ¿Le divertiría tomarse una copa conmigo?

LILY.- (Con una vivacidad casi infantil.) ¡Ya lo creo! (Se arrepiente.) (Ella se ríe también.) ¡No sé disimular!

JUAN.- Pues arréglese. ¿Qué tarda en vestirse?

LILY.- Dos minutos.

JUAN.- La espero en el coche.

LILY.- Voy enseguida.

(Ahora se oye el ruido de una portezuela que se abre, de un motor que se pone en marcha, de una portezuela que se cierra.)

JUAN.- ¿Qué manera de llover? ¿Ha visto, Lily?

LILY.- Sí.

JUAN.- Si llueve así el domingo, pondremos el bikini.

LILY.- ¿Qué es el bikini?

JUAN.- El cartel de «No hay billetes».

LILY.- Ah, ya...

JUAN.- ¿Se mojó?

LILY.- No, no...

JUAN.- En diez minutos estamos en casa.

LILY.- (Con ilusión.) A mí me gustan mucho las noches de lluvia...

(El ruido del coche vuelve a oírse ahora. La luz se hace para dejarnos ver el despacho del hotelito situado en un barrio residencial madrileño del empresario de teatro JUAN GARONA ROMERO. Fotografías, placas, bocetos de decorados, flores y, aunque parezca falso, libros, muchos libros por todas partes. Un teléfono para el exterior, con clavija, sobre la mesa, y otro para comunicar con las habitaciones visiblemente distinto. Una puerta a la derecha del primer término. Un mirador, también a la derecha, en forma de chaflán, con un sofá circular sobre cuyo respaldo penden unos visillos. Los términos derecha e izquierda van referidos al espectador y no al actor. Al comenzar la acción la escena está a oscuras, salvo la luz que le prestan los relámpagos, y en silencio, salvo el ruido de los truenos de una tormenta de primavera y de la lluvia que azota a ráfagas los árboles del jardín frontero. LILY, una bellísima muchacha, entra por la puerta del foro, enciende una cerilla para orientarse, busca el interruptor y la ilumina. Viste un traje masculino con zapatos sin tacón, bajo un impermeable con capucha. Fuera se oye un automóvil que maniobra. LILY se asoma al mirador, calcula el tiempo de que dispone y como le parece suficiente telefona a MARGA, su íntima amiga. En las conversaciones a través del teléfono de la calle deben oírse las voces de los dos interlocutores.)

LILY.- Marga...

MARGA.- ¿Lily?

LILY.- Sí, soy yo. Óyeme, ya está.

MARGA.- No...

LILY.- Sí... Te hablo desde su despacho. Llueve todo lo que hay que llover y no ha querido que me mojase. Entonces me ha hecho entrar mientras aparcaba. Han dejado un coche tapando la puerta del garaje. El despacho es precioso. Oye... con fotografías nuestras.

MARGA.- ¿Cómo?

LILY.- Bueno..., las que le dedicó la compañía el día de las cien representaciones de «Aquí París...».

MARGA.- (Se ríe.) La tuya en especial, ¿no?

LILY.- No, me gustaría, sí, poder plantarla y expulsar las demás. Como dicen que hacen los hongos de la penicilina con los microbios.

MARGA.- Ya te llegará ese día.

LILY.- Hay una que debe de ser su mujer.

MARGA.- La pobre ya no es enemiga. Murió hace seis o siete años. Por cierto, y de Dora Lujanes, ¿ves alguna foto?

LILY.- Ni para una muestra.

MARGA.- Pues presumía de haber sido amiga suya.

LILY.- Vete tú a saber si era verdad, porque Dora, ni de su papel ha dicho nunca lo que tenía que decir.

MARGA.- ¿Y de Albertina, la odiosa Albertina?

LILY.- Ah, sí; aquí hay una en la que está con él y con otro señor...

MARGA.- No será el marido...

LILY.- Pues cualquiera sabe... A ella, por de pronto, estoy sacándole la lengua, porque no puedo sacarle los ojos. Oye; ¿tú sabías que tuviese un hijo? Aquí hay un retrato de él con un chiquillo, como de doce o catorce años, que se le parece muchísimo. ¡Qué guapo es!

MARGA.- ¿El hijo?

LILY.- No, no..., el padre es el guapo. Sin que el niño esté mal... Ay; Marga, tú y yo somos del partido de los hombres maduros. Y yo, del partido único de Juan Garona Romero...

MARGA.- Pero no la única...

LILY.- Sí, sí..., ya sé que no... Si, por lo menos, consiguiese ser la más importante y destronar un día a esa Albertina del demonio...

MARGA.- Los síntomas no son malos.

LILY.- (Precipitadamente.) Marga, te dejo. Viene don Juan. Parece que ya encontró aparcamiento. Hasta mañana en el ensayo.

MARGA.- No, no; telefonéame después.

LILY.- De acuerdo.

MARGA.- Un abrazo.

LILY.- Un abrazo, Marga.

(Y cuelga. JUAN GARONA aparece ahora por el foro. Es un arrogante ejemplar humano que ronda los cuarenta y cinco años. Tiene una dentadura de un brillo casi fosforescente y animal, unas canas estratégicamente situadas para resaltar la empavonada cabellera y un punto de lejana tristeza en la mirada, que tal vez no denuncia un primero y superficial examen. Viste con elegancia, no a la manera juvenil, sino clásica, un terno oscuro con una chaqueta mojadísima por la lluvia, de la que intentó guarecerse subiéndose las solapas.)

JUAN.- ¿Dio con el camino?

LILY.- Sí, sí...

(JUAN hace mutis por la derecha, de donde volverá enseguida, apenas se haya cambiado de chaqueta.)

JUAN.- (Desde dentro.) ¿No había venido usted a casa nunca?

LILY.- (Sorprendida.) No... ¿Cuándo iba a haber venido?

JUAN.- El día en que di una copa a la compañía para celebrar la feliz extirpación de mi úlcera de estómago.

LILY.- Yo llevo once meses en la compañía y a usted le operaron hace doce.

JUAN.- (Reaparece.) ¿Cómo lo sabe?

LILY.- (Un poco cortada.) Porque, cuando le vi por vez primera, estaba convaleciente...; recién salido de la clínica...

JUAN.- ¿Se me notaba?

LILY.- Pues... sí. Pálido... Delgado... Lo comentaban todas.

JUAN.- Color, he ganado mucho... Y peso... sí, también, pero he perdido interés.

LILY.- (Con presteza y con ingenuidad.) No, no, eso yo creo que no.

JUAN.- Las mujeres, ¿no se sienten más atraídas por los seres delicados que por los atletas?

LILY.- Yo es que adoro... la buena salud.

JUAN.- Otras, en cambio...

LILY.- (Con vivacidad, como si se sintiese muy contenta de apoyarse en una experiencia que le permite atenuar sus discrepancias con su interlocutor.) A mi madre, sí, le gustaban los débiles. Y estaba deseando que mi padre cayese enfermo.

JUAN.- ¿Ve usted?

LILY.- (Se explica.) Pero era porque mi padre no salía de casa cuando enfermaba. (Transición.) Mi madre prefería tenerlo enfermo en casa que sano fuera.

JUAN.- ¿Sí...?

LILY.- A la pobre no le sirvió de nada, porque mi padre, el día en que reunió cinco millones de glóbulos rojos, cogió el portante y hasta hoy. A mi madre, el disgusto le costó la vida.

JUAN.- Dramas del amor, Lily... En fin... ¿Qué quiere usted beber?

LILY.- ¿Puedo elegir?

JUAN.- Claro que sí

LILY.- Pues sidra. (Transición.) ¿Le extraña?

JUAN.- Mujer, no me la suelen pedir, ésa es la verdad.

LILY.- Perdóneme.

JUAN.- (Se ríe.) ¿De qué he de perdonarla? Lo que pasa es que no tengo sidra.

LILY.- Ah, pues entonces deme leche. ¿O tampoco tiene?

JUAN.- (Desolado.) Lo siento mucho, pero tampoco tengo.

Realmente, Lily; pide usted unas cosas un poco raras.

LILY.- Es que casi nunca bebo.

JUAN.- Vamos a ver. Un whisky; ¿no le apetece?

(Mutis por la derecha.)

LILY.- Bueno... Me gusta el agua con burbujas y, sobre todo, los cubitos de hielo. ¿Tiene usted cubitos de hielo?

JUAN.- De eso hay en esta casa existencias bastantes, si no para parar un tren, para descarrilarlo.

LILY.- Yo le ruego que me disculpe.

JUAN.- Sí, sus exigencias son ruinosas. Pero; ¿qué locura no haré yo por una mujer bonita?

LILY.- ¿Cómo ha dicho?

JUAN.- Que qué locura no haré yo por una mujer bonita.

(Vuelve con un cubo lleno de hielo.)

LILY.- ¿Le parezco bonita?

JUAN.- Sin lugar a dudas. (Ella agradece el cumplido casi con rubor.) Seguro que no le estoy revelando nada nuevo...

LILY.- No...

JUAN.- ...y que se lo habrán dicho muchas veces...

LILY.- Bah...

JUAN.- Según mis informes... (Cuenta con los dedos.) , sé de tres que se lo han dicho, vamos... de tres a quienes usted se lo ha oído decir con un gusto especial. Martínón, uno; Paco, el del Pireo, otro; y Eugenio Sancho.

LILY.- (Deprimida.) Lo sabe todo... Usted lo sabe todo.

JUAN.- No se imagine que a mí me escandaliza la vida amorosa de nadie.

LILY.- La verdad es que yo... empecé muy pronto. Luego, los viajes a provincias...

JUAN.- Madrid, ¿es menos peligroso?

LILY.- Lo que pasa es que en Madrid yo estoy más protegida, gracias a mi tía Paula. Pero, claro, como mi tía Paula no venía conmigo en las giras, pues... me encontraba muy sola. Y algunos de los compañeros se daban cuenta de mi situación.

JUAN.- Y abusaban de ella...

LILY.- No, no... Tampoco sería justo que yo les echase la culpa. La verdad es que ninguno se propasó. Lo que sucede es que yo soy... débil y cariñosota. (JUAN se ríe.) ¿Por qué se ríe?

JUAN.- No, no, por nada...

LILY.- Pero, ¿cómo se ha enterado de todo eso?

JUAN.- Es mi secreto.

LILY.- Temo que se haya formado una idea de mí bastante mediana. Y le aseguro que sin motivos. Yo voy detrás, desde hace mucho tiempo, de algo que no encuentro, pero que me ha de llegar alguna vez, pienso yo. (Ante una mirada de JUAN.) De un amor verdadero. Siempre que he empezado con alguien, me he dicho: «¡Ése; ése es...!»; ¡Si viese cuánta ilusión he puesto! Y, zas, al cabo de unos meses, o de unas semanas, o de unos días...

JUAN.- O de unas noches...

LILY.- Bueno, ¿por qué no?, de unas noches..., el fracaso... La decepción... Ay, lo que tengo llorado...

JUAN.- Eso sí que lo siento.

LILY.- Y lloraba por la pena de equivocarme tan tontamente. (Transición.) Pero, después, se me pasaba y pronto surgía dentro de mí algo que renacía, que empezaba de nuevo. Claro que yo comprendo que he empezado ya demasiadas veces y es posible que me cueste convencer a quien venga después de que él es quien sale ganando con mi experiencia.

JUAN.- No desespere de conseguirlo.

LILY.- Es que yo voy de buena fe, ¿comprende? Yo busco, busco. Sé que hay muchas mujeres que han encontrado al primer intento. Yo no he tenido esa suerte. Y ahora, en mi situación, ¿qué cree que debo hacer? ¿Pararme a mitad de camino?

JUAN.- Evidentemente que no.

LILY.- He de seguir hasta el final, pase lo que pase, aunque mi reputación se arruine por completo. Más aún de lo que está.

JUAN.- Mujer, no sea pesimista.

LILY.- Sí, sí..., resulta que usted sabía ya tres nombres.

JUAN.- ¿Son más?

LILY.- Y menos también. De hecho casi ninguno. (Transición.) ¿No me cree? No, no me cree.

JUAN.- Claro que sí. ¿Por qué no? Pero no se imagine que yo sé de sus amores porque sean muy conocidos, porque se hable de ellos en todas partes y los comenten los periódicos...

LILY.- Calle, miedo me da.

JUAN.- ...sino porque me he preocupado un poco de inquirir, de investigar lo que hace.

LILY.- ¿Para reñirme?

JUAN.- No, no, de ninguna manera, ¿cómo se le ocurre? Profesionalmente, lleva una vida ejemplar. Usted es siempre la primera en asistir a los ensayos.

LILY.- (Irreprimiblemente.) Cuando sé que va usted.

JUAN.- (Se ríe.) No se quite méritos. Usted trabaja con alegría, con una cara simpática, sin cansancio... No sabe cómo les gusta eso a los espectadores.

LILY.- ¿Sí? ¿Se dan cuenta?

JUAN.- Por Dios, Lily. Vea estas dos caras. (Finge expresión de aburrimiento.) Así sale a escena Asunción Rojas.

LILY.- Pobre, sufre del estómago.

JUAN.- Pero el espectador paga para ver muchachas sonrientes, alegres, a las que no les duele el estómago, o a las que sólo les duele entre bastidores. (Transición.) Así trabaja usted. (Cara sonriente.) Eso vale mucho, Lily... Por eso le digo que, profesionalmente, lleva una vida ejemplar.

LILY.- Y mi vida privada, ¿por qué le preocupa?

JUAN.- ¡Ah! Contésteme antes... (Se detiene.) ¿Le cuesta mucho decidirse a hacer nuevas experiencias?

LILY.- He pasado por tantos...

JUAN.- ...estados de espíritu...

LILY.- Sí, así es. Usted sabe tres nombres, pero en total son seis.

JUAN.- Ya.

LILY.- ¿Por qué le confío estas intimidades...?

JUAN.- No se arrepienta. Se lo agradezco mucho.

LILY.- Pues, sí. Además de Martín y de Paco y de Alfredo Sancho, no de Eugenio, como usted dice...

JUAN.- Perdóneme mi error.

LILY.- ...hubo otros tres. Uno, Pepe el guapo, que fue un imbécil, un completo imbécil. (Se exalta.) Se lo aseguro. No me tomó en consideración, que es lo que más me molesta. A mí me pueden hacer lo que quieran, obligarme a lo que quieran, hasta a pasar hambre, pero sobre la base de tomarme en consideración. Y Pepe el guapo, que lo era, eso sí, pero que había nacido imbécil sin remedio...

JUAN.- No la tomó en consideración.

LILY.- No se dio cuenta de nada. Así, como lo oye. Y se marchó al día siguiente contratado a la tele: No, he vuelto a verle más. (Se rectifica.) Salvo en la tele; claro. La mala suerte me ha perseguido siempre, porque con Lorenzo...

JUAN.- ¿Qué Lorenzo?

LILY.- Le llamaban el Marqués, porque era primo segundo o no sé qué de un marqués.

JUAN.- ¿Y qué pasó con Lorenzo?

LILY.- Que quería vivir a mi costa.

JUAN.- Caramba con el Marqués...

LILY.- Empecé a notárselo cuando íbamos a la cafetería. Nunca se daba por enterado de las cuentas. Hasta que me planté. Pero lo único que conseguí es que pagásemos a la inglesa. Yo no soy interesada. Ahora, mantener vagos, no.

JUAN.- Naturalmente. ¿Y quién fue el sexto?

LILY.- Bah, ese duró poco. Fue uno al que le estaba agradecida porque había dado una paliza a Pepe el guapo, que es un majadero, un perfecto idiota, se lo aseguro. El mayor idiota del mundo. Y le correspondí de esa manera.

JUAN.- Yo conozco a Martín y a Alfredo...

LILY.- Tacho Borja, al que le tocaba el número siete, pudo serlo todo para mí.

JUAN.- Ah, sí..., el que se mató en la carretera de Toledo...

LILY.- Justo, el mismo. Cuando íbamos a la pensión Zocodóver para un fin de semana. Con ése quizá las cosas hubieran pintado mejor. Yo estaba tan contenta creyendo que, al fin, había acertado y, ¡paff!, al llegar a Illescas, derrapazo y punto final.

JUAN.- No se preocupe: tarde o temprano le sonreirá la suerte.

LILY.- ¿Cuándo...?

JUAN.- Poner fechas al destino es muy expuesto.

LILY.- (Tímidamente.) ¿Hoy, no?

JUAN.- (Se ríe.) No, el día de hoy, no creo que esté llamado a ser decisivo en su vida. (El semblante de LILY se nubla ostensiblemente. JUAN se ríe de nuevo, sorprendido y emocionado.) ¿Le entristece oírmelo?

LILY.- (Para sí misma, como si se riñese.) Está visto que no

tengo arreglo.

JUAN.- ¿Por qué?

LILY.- Me ilusiono; sí, me lanzó como una loca. No sé frenarme. Y después vienen las decepciones, las lágrimas.

JUAN.- ¿Cuándo se ha ilusionado?

LILY.- ¿Me deja que le sea sincera? Hace una hora.

JUAN.- Bueno, no es mucho.

LILY.- Se acuerda que me dijo: «Lily, ¿está usted libre hoy, después de la función?». Yo salía con todas mis compañeras a cambiarme de ropa. Era la una y media en punto. Lo vi en su reloj.

JUAN.- (Condescendiente.) Y desde entonces, ¿qué es lo que ha pasado por esa cabecita tan llena de fantasías, tan fácil para los sueños?

LILY.- No, no, nada, lo que le estaba diciendo: que me ilusioné.

JUAN.- Pues lo cierto es que yo quiero pedirle un favor un poco extraño, pero que habré de agradecersele eternamente si me lo concede.

LILY.- ¿Qué es lo que quiere de mí? (Desencantada.) En todo caso, ya sé que no es nada importante. Si lo fuese... (Con un gran candor.) todo habría ido de otro modo.

JUAN.- (Toma el vaso.) Por de pronto, va usted a beber lo que yo le diga.

LILY.- Sí, si yo he nacido para eso: para obedecer. ¿Qué quiere que beba? ¿Whisky?

JUAN.- Sí, justo. Al principio acaso no le guste. Es cómo un amigo difícil y un tanto huraño con el que, más tarde, es muy probable que converse largamente.

LILY.- Si usted lo dice... Deme el whisky.

(JUAN hace mutis por la derecha. LILY se pone de pie y curiosear de nuevo la habitación. En ese instante suena el timbre del teléfono.)

JUAN.- (Desde dentro. Con viva alarma.) ¡Por Dios, no lo coja!

LILY.- No, no. No se preocupé.

(El teléfono suena tres o cuatro veces más basta que JUAN sale de la derecha, con el vaso en la mano, que tiende, a LILY mientras él descuelga el teléfono.)

JUAN.- ¿Quién es?

ALBERTINA.- Soy Albertina. ¿Quién iba a ser a estas horas, si no yo?

JUAN.- (Con leve destemplanza.) Ay, también podría tratarse de un error.

ALBERTINA.- ¿Por qué no me llamabas?

JUAN.- Porque estaba en la ducha. Te llamaré más tarde.

ALBERTINA.- ¿Cómo fue el teatro?

JUAN.- Bah, se hicieron por la tarde quince mil doscientas y por la

noche otras tantas.

ALBERTINA.- No es mucho eso...

JUAN.- No te olvides que hoy jugaba el Madrid contra el Elche. El partido del siglo. Gloria, nuestra vedette, ha hecho dos mutis, fuera de su papel, para preguntar al tramoyista si seguía el empate. Y las calles estaban vacías, como si hubiese caído una nevada. Y todo el mundo viendo la retransmisión en directo. Es la forma que tiene la televisión de ayudar al teatro.

ALBERTINA.- Mañana irá mejor.

JUAN.- Esperémoslo. Bueno, te llamaré más tarde.

ALBERTINA.- Hijo, cuando te da por ponerte desabrido...

JUAN.- Pero, Albertina, es que estoy chorreando...

ALBERTINA.- Llámame apenas te seques.

JUAN.- Conforme... Adiós. (Cuelga.) Perdóneme. (LILY le ha mirado mientras hablaba, con los ojos muy abiertos, deslumbrada, expresando, a pesar del indudable despego con que se produjo JUAN, una inocentísima envidia. Tan singular es su actitud, que sorprende a éste.) ¿Qué le pasa, Lily?

LILY.- Nada, nada (LILY se dispone a apurar el whisky a grandes sorbos.)

JUAN.- No; así, no. Esa avidez lo estropeará todo. Beba poco a poco. Primero un pequeño sorbo. Saboréelo. (LILY le obedece.) Perfecto. Vamos a ver, Lily... (Él bebe también su whisky.) ¿Qué sabe usted de mí?

LILY.- (Señala el teléfono.) Sé que hay una mujer que está locamente enamorada de usted.

JUAN.- (Se ríe.) No es a eso a lo que me refiero. ¿Sabe usted que soy viudo?

LILY.- Sí, claro.

JUAN.- Con dos niños, niño y niña. A la niña, Rosaura, que hizo la Primera Comuni3n el último domingo, puede verla ahí con su profesora de francés. El mayor, Juanelo, es éste. La fotografía es de hace tres años. Por aquel entonces le llamábamos Monaguillo. Mi hijo tiene ahora diecisiete recién cumplidos.

LILY.- Simpático.

JUAN.- La encuentro parca en el elogio.

LILY.- No..., es que así... en la foto... (Se azara un poco.)

JUAN.- Es simpático, en efecto, y otras cosas que la foto no dice. Es también, y no me quita el sueño, de una timidez enorme y de un candor sin límites. Si viese, por cierto, cuánto ha crecido... El caso es que su presente y su futuro me preocupan muchísimo, Lily.

LILY.- ¿Estudia?

JUAN.- Pretende ser cirujano. De hecho estudia muy poco, pero es inteligentísimo y sabrá abrirse camino. Yo, desde luego, trataré de ayudarle a que se lo abra.

LILY.- Claro, es lógico. Un hijo... Ya ve usted, yo no he pensado nunca en eso. Mi impresión es que debo de ser muy poco maternal. (Con entusiasmo.) Un hombre, sí, eso sí, antes que nada. Y si después sale un hijo, bendito sea Dios. Pero un hombre, eso es lo que yo quiero.

JUAN.- (Sin prestarle demasiada atención.) Yo cuido mucho la vida de mis hijos. Procuero rodearles de personas agradables, de cosas bonitas, de paisajes bellos, para que, cuando crezcan, los recuerdos de la infancia les sean dulces. Rosaura no me crea problemas todavía. Pero hay algo en Juanelo que me inquieta enormemente, porque puede ser decisivo o, por lo menos, muy importante para él. Sí; en mi opinión, la manera con que el hombre comienza su vida amorosa tiene una gran importancia.

LILY.- (Desorientada.) Ya.

JUAN.- Si usted supiese de qué modo tan deprimente, tan sucio, se han iniciado en la vida muchos hombres dignos... ¿Me tiene usted por un hombre digno, Lily?

LILY.- (Irritada de que exista alguien que lo dude.) Dignísimo.

JUAN.- Le contaré mi primer encuentro con el amor. Fue en una esquina horrible. Había dos mujeres. Una me gustaba, la otra no. Yo iba con menos dinero del debido. A la que me gustaba le pareció insuficiente. Me fui con la otra. Así empezó mi vida amorosa.

LILY.- Mejoró en seguida, ¿verdad?

JUAN.- (Se ríe.) Sí. Pero durante mucho tiempo guardé del amor un recuerdo amargo.

LILY.- Pobre...

JUAN.- Acababa de cumplir diecisiete años. La edad de mi hijo mayor. A mi hijo le he llevado a buenos colegios, le he comprado buenas ropas, le he dado a leer buenos libros... ¿No cree usted que, en la medida de lo posible, tengo también el deber de darle un buen primer amor?

LILY.- (Sin sospechar nada. Con alegría e inocencia.) Claro. Lo que sucede es que esas cosas no se compran en las tiendas.

JUAN.- No, evidentemente.

LILY.- (Con bulliciosa verbosidad.) Como tampoco se compran los pulmones, o el hígado, o el estómago. Y así, a veces, los hijos de los padres muy ricos o muy fuertes nacen enfermos.

JUAN.- Total, que yo trato de que mi hijo entre en la vida de un modo bonito y limpio.

LILY.- De eso ya se encargará él.

JUAN.- Huy..., quién sabe... Cuando la pasión se apodera de nosotros, busca la salida de urgencia sin preocuparse de más.

LILY.- Pero los chicos de hoy no tienen los problemas que tenía usted. Yo creo que ahora disponen de más material que entonces.

JUAN.- Sí, hay muchas niñas de familia sueltas. Mucho bar a gogó en los que sólo hay luz para ver la nota, y muchos cochecitos con asientos reversibles. Se han inventado los fines de semana, el cheek to cheek y las minifaldas.

LILY.- Todo eso está ya a mitad de camino...

JUAN.- Pero de un camino que puede ser tan sombrío, tan sin belleza como el que seguí yo. Nada de eso me tranquiliza. Tal vez por esa razón, mi hijo empezó a recibir hace casi tres meses unas cartas misteriosas, muy inflamadas unas, muy románticas otras, y todas ellas prometedoras. (Va a buscarlas en un cajón de su mesa.) ¿Sabe usted lo que decía la primera? «Te miro y tú apenas si me miras.

Sufro por ti. ¿No me dejarás que vaya a verte?».

LILY.- ¿Le abre las cartas?

JUAN.- Fíjese: «Paso delante de tu casa algunas veces. Siento tantas tentaciones... ¿Me rechazarías si entrase?».

LILY.- Caramba, qué atrevida es esa niña...

JUAN.- Atención a ésta: «Me gustaría verte, hablarte, abrazarte, ser tuya. ¿Lo lograré algún día?»

LILY.- Huy, huy, huy. Esa muchacha no le conviene nada.

JUAN.- Para casarse tal vez, no. Pero, ¿no cree usted que es mucho mejor descubrir la vida al lado de una mujer así que no con una de esas a las que usted se refiere o con las que yo regateé unos duros en una esquina de Madrid, por la que todavía cuando paso me pongo colorado?

LILY.- Sí, eso sí. ¿Y usted la conoce a ella?

JUAN.- Es que las cartas se las escribía yo.

LILY.- ¡Qué gracioso! (Se ríe abiertamente.) ¿Y por qué le gastaba esa broma?

JUAN.- En realidad, no era una broma. Era la preparación de un episodio con un desenlace poético al que quería conducirlo poco a poco, de una manera sonriente. Después, Juanelo empezó a flaquear en los estudios y a mí me pareció oportuno interrumpir la correspondencia. Gracias a Dios, hace una semana aprobó los exámenes cuatrimestrales.

LILY.- Esa mujer; entonces, ¿no existía?

JUAN.- No; me proponía buscarla y, una vez que hubiese dado con ella, entregarle las cartas, explicarle todo esto y decirle: Hay un adolescente que le espera para hacerse hombre a su lado. ¿Por qué no va a su encuentro? (LILY le mira por vez primera con recelo.) ¿Qué me mira usted?

LILY.- (Con desconfianza. Como si buscara la salida y sintiera unos inesperados deseos de marcharse.) Nada, nada.

JUAN.- Lily, sí usted quisiese podría ayudarme mucho.

LILY.- ¿Qué es lo que pretende?

JUAN.- ¿Sabe con qué nombre firmaba esas cartas? Con el de Lily.

LILY.- ¿Lily Pérez?

JUAN.- Firmaba sin apellido. Las mujeres en realidad no lo tienen; y cuando lo tienen valen ya menos. Y las que por suerte suya se llaman Lily no necesitan usar el apellido más que en el carnet de identidad.

LILY.- ¿Es que pensaba en mí para todo esto?

JUAN.- No, ni por lo más remoto. Sólo hoy, cuando casualmente supe que se llamaba Lily, me dije a mí mismo...: (LILY se echa a llorar.) ¿Qué le pasa? ¿Por qué llora? (Se acerca a ella un poco conmovido.) Le suplico que no llore. Perdóneme. Yo no estoy calculado para ver llorar a las mujeres. Tranquilícese, por favor. ¿La he ofendido?

LILY.- No, no.

JUAN.- A lo mejor es que está usted enamorada de alguien y...

LILY.- (Deja de llorar instantáneamente.) Ah, no; eso sí que no. Le juro que no.

JUAN.- Entonces, cálmese. Hablemos con serenidad, como dos buenos amigos. ¿Quiere?

LILY.- Sí, sí. (Su crisis cesó. Ahora, se borra las huellas de las lágrimas.)

JUAN.- Vamos a ver, ¿le costaría a usted mucho ayudarme a... a... (Busca la palabra, sin dar con ella.) a embellecer la vida de mi hijo?

LILY.- ¿Y por qué se le ha ocurrido que fuese yo? ¿Sólo por la coincidencia del nombre?

JUAN.- Nombre aparte, he comprendido enseguida que usted reunía las condiciones necesarias. Es usted bonita, eso se ve, y delicada... Es usted buena, eso se sabe.

LILY.- (Con cierta dureza.) Y como usted sabe, también, cuál es mi historia y ahora completa, porque se la conté yo, supone que soy una mujer sin escrúpulos y que si hubo en mi vida seis hombres, lo mismo puede haber siete. Usted se sirve de mí, de mi debilidad y de mis fracasos como si me hubiesen acorchado, como si me hubiesen convertido en una cualquiera, parecida a esa que le salió a usted al paso cuando tenía la edad de su hijo.

JUAN.- Esa esquina sigue tan viva como antes, Lily. Y si yo pensase como usted, nada me sería más fácil que ir allí a buscar a la de turno. No, Lily, no. Yo la he escogido porque, si bien sabía que había hecho algunas... experiencias sentimentales, sabía también que su alma era noble, y veo, por fortuna, que no me he equivocado.

LILY.- Y hoy, ¿por qué me ha traído aquí hoy? Ah, ya sé. Como su hijo aprobó los exámenes, tal vez Lily ha vuelto a enviarle otra cartita...

JUAN.- Pues, sí...

LILY.- Quizá más atrevida que las anteriores, acercándose al desenlace poético ese, diciéndole que ya está harta de escribirle y que quiere hablarle.

JUAN.- ¿Cómo lo ha adivinado?

LILY.- O sea que, por de pronto, cuenta usted con mi voz.

JUAN.- Quizás.

LILY.- (Con ferocidad, señalándose la garganta.) Antes me doy un tajo.

JUAN.- (Frío.) Muy bien.

LILY.- Es usted el hombre más indelicado que he conocido nunca. ¿Por quién me toma?

JUAN.- Le ruego que me disculpe. Creí que le divertiría entrar deportivamente en el juego a que la invitaba. (Pausa.) Descubro en usted cierta tendencia a dramatizar las cosas que quizá acabe llevándola a hacer teatro serio. Lo lamentaría por el frívolo, en el que tanto porvenir tiene.

LILY.- Le odio.

JUAN.- Hasta este preciso momento, sin motivo. Bien. (Marca un número de teléfono.) Suárez...

SUÁREZ.- ¿Cómo está usted, don Juan?

JUAN.- Yo como las colonias españolas en el extranjero: sin novedad. Escúcheme. Temí que se hubiese ido... ¿Anda apuntado por

ahí el número de teléfono de Martita Llanos?

SUÁREZ.- Creo que sí, un instante.

JUAN.- Le espero...

(Entretanto saca del cajón de la mesa un estuche de joyería, lo abre y juguetea con un collar de oro en el que se fijan, sin codicia, más bien con ira, las miradas de LILY.)

SUÁREZ.- Es el dos ocho uno dos cero seis cuatro.

JUAN.- Muchas gracias. Pues cítela mañana en el teatro.

SUÁREZ.- A sus órdenes. Don Juan, no se olvide lo de la Tenencia de Alcaldía.

JUAN.- ¿A qué hora he de ir?

SUÁREZ.- A la una en punto.

JUAN.- Estos del Ayuntamiento tan desconsiderados como siempre, obligándome a madrugar. Buenas noches, Suárez.

SUÁREZ.- Buenas noches, don Juan. (Cuelga.)

LILY.- ¿Qué es eso, un collar?

JUAN.- Sí.

LILY.- ¿Me lo deja ver?

JUAN.- Claro... (Y se lo entrega.)

LILY.- ¿Era mi premio?

JUAN.- Tal vez... ¿Por qué no? (LILY, súbitamente, abre la ventana y tira el collar a la calle.) ¿Qué ha hecho usted? (LILY no responde. Coléricamente.) ¡Ah, no! Veinte mil pesetas de collar... la entrada de un viernes...

(Y hace mutis furioso, dispuesto a recuperarlo. LILY le ve marchar, en silencio. Después, cuando ya se supone que ha llegado a la calle, le sigue a través de los cristales y, poco a poco, le acomete un brote de risa que, por fortuna, domina muy pronto. Suela el teléfono. LILY lo oye y recordando ostensiblemente que cuando sonó la otra vez JUAN le rogó que no lo cogiese, se abstiene de hacerlo. Pero, como quiera que sigue sonando, la idea de una travesura empieza a abrirse paso en su imaginación. Vuelve de nuevo a la ventana, de la que se había alejado, localiza a JUAN y, confiada en disponer de tiempo bastante se dirige con presteza y malicia al teléfono y lo descuelga.)

LILY.- Diga... Diga... (Es evidente que alguien, llena de asombro al oír la voz, renuncia a contestar una sola palabra. LILY cuelga de nuevo, mientras ahoga una risa maliciosa.) Se quedó sin habla...

(Y retorna a la ventana para seguir observando a JUAN. Mas he aquí que el teléfono vuelve a llamar. LILY, sin dudarle un segundo, se precipita sobre él.) Diga...

ALBERTINA.- ¿Es la casa del señor Garona?

LILY.- Sí, señora.

ALBERTINA.- ¿Y se puede saber quién es usted?

LILY.- (Con una especie de irónica mansedumbre.) ¡Ay, qué violencia! ¿Qué quién soy yo? ¿Y usted? ¿Quién es usted?
ALBERTINA.- ¿Y a usted, qué demonios le importa?
LILY.- (Burlonamente.) Ah, muy bien...
ALBERTINA.- ¿Dónde está don Juan?
LILY.- ¿Don Juan?
ALBERTINA.- Sí, claro, don Juan.
LILY.- Pues... don Juan... en la ducha... (Mira hacia el jardín y se ríe al darse cuenta de que lo de la ducha es una verdad indudable.)
ALBERTINA.- ¿Todavía?
LILY.- Parece que sí.
ALBERTINA.- Pues, cuando termine, dígame que llame enseguida al dos setenta y uno, setenta y cuatro, cincuenta.
LILY.- ¿Y por quién ha de preguntar?
ALBERTINA.- Él ya lo sabe.
LILY.- ¿Y si lo hubiese olvidado?

(LILY se ríe y cuelga. Después, anota el número y curioseá otra vez la habitación. Toma el retrato de JUANELO de la mesa y lo examina atentamente. Al oír pasos fuera, se pone de pie y deja el retrato donde lo había encontrado. JUAN reaparece, ajustándose las solapas de la americana, que se subió para protegerse de la lluvia, de la que acusa las huellas.

JUAN.- ¿Dónde diablos lo tiró?

(Hace mutis para cambiarse por segunda vez de chaqueta.)

LILY.- No sé..., hice así y... no sé más.
JUAN.- (Desde dentro.) Es usted muy graciosa.
LILY.- Luego, cuando escampe, podrá buscarlo con más calma.
JUAN.- ¿Se ríe de mí?
LILY.- Le aseguro que no. Además estoy arrepentida de cómo me he portado.
JUAN.- (Con sequedad.) Lo celebro.
LILY.- Debo marcharme, ¿no?
JUAN.- Probablemente.
LILY.- Antes, conviene que sepa que, mientras buscaba el collar, llamaron por teléfono.
JUAN.- No contestaría, supongo
LILY.- Usted ignora lo que es estar al lado de un teléfono que suena sin descolgarlo. Resulta imposible. Le entran a una unos nervios espantosos.
JUAN.- (Reaparece.) ¿Qué hizo usted?
LILY.- Pues lo natural en estos casos, cogerlo y decir: «¿Quién llama?»
JUAN.- ¿Y qué?

LILY.- La primera vez cortaron sin pronunciar una sola palabra.
JUAN.- ¡Ah! ¿Es que volvieron a llamar?
LILY.- Sí. Y entonces ya fue peor, porque cuando pregunté que quién era, me respondieron: «¿Y a usted qué demonios le importa?»
JUAN.- (Nervioso.) Siga... Necesito saber toda la conversación.
LILY.- Fue cortísima. Que llame usted al dos setenta y uno, sesenta y cuatro, cincuenta.
JUAN.- Es muy probable que me haya creado usted un conflicto.
LILY.- (Con un mohín de hipocresía.) Vaya, por Dios...
JUAN.- Ésa fue su venganza, ¿verdad?
LILY.- Huy, no.
JUAN.- Reconózcalo.
LILY.- (Con una firmeza de la que no se hubiese creído capaz.) ¿Y es que no se merecía que le hubiese hecho una faena? ¿No me la había hecho usted a mí?
JUAN.- ¿Yo?
LILY.- Usted es un hombre insensible o que finge serlo y que cierra los ojos para ver sólo lo que le conviene.
JUAN.- ¿Cómo, cómo?
LILY.- Sí, no me importa decírselo: ¿Por qué no intenta ponerse en el lugar de los demás? Usted cree estar siempre en el patio de butacas hablándonos mientras ensayamos, azaradas, en el escenario: «A ver, niña, esa caderita, que hay que moverla con gracia». «Usted, Clotí, el pechito, ¿por qué no nos enseña un poco ese pechito?». Lo único que le importa es que le hagamos subir la fiebre a los estudiantes y a los isidros. Usted a lo suyo, a lo suyo.
JUAN.- No encuentro la menor relación entre una cosa y otra.
LILY.- Pues bien podía ocurrírsele que, cuando me propuso tomarme una copa en su casa, yo me imaginase que era... porque le había gustado, sencillamente... Y yo iba a su lado en el coche sin atreverme a respirar, se lo aseguro. Bien lejos estaba yo de adivinar que lo que buscaba en mí no era una aventura para usted, que, mire cómo soy de franca, me hubiese gustado serlo; sino una aventura para su hijo.
JUAN.- Lily: en cualquier otra circunstancia el que me prefiriesen me hubiera halagado mucho. En ésta, me crea un problema.
LILY.- (Con un principio de solidaridad.) ¿Por qué?
JUAN.- Porque ya le dije lo que me proponía. Yo, equivocadamente, confié en usted. Ahora, necesito buscar otra persona.
LILY.- (Larga pausa. Humilde.) En realidad, ¿qué tendría que hacer yo?
JUAN.- (La mira, sorprendido, con aire exploratorio.) Mujer, nada demasiado difícil.
LILY.- Dígamelo...
JUAN.- Cruzarse en el camino de Juanelo y dejarse querer hasta el final.
LILY.- ¿Y si no le gusto?
JUAN.- Usted, Lily, es muy bonita.
LILY.- ¿Y si no me gusta él?
JUAN.- (Extrañadísimo, pero sin la menor sombra de enfado.)

¿Quién? ¿Mi hijo?

LILY.- Sí, sí, ¿qué pasa con su hijo? (Se descara.) ¿Es que es Apolo o Mastroiani o Gary Cooper?

JUAN.- Por Dios, Lily, es un muchacho estupendo. ¿No lo vio? (Le señala el retrato.)

LILY.- Ahí está hecho un pipiolo.

JUAN.- ¿Pero, usted sabe lo que son tres años en la vida de un hombre, sobre todo cuando estos años van desde los catorce a los diecisiete? (Le tiende el retrato.)

LILY.- (Con cierta imprecisión.) Yo no es que le encuentre mal en el retrato, pero no me hago una idea muy exacta de cómo será hoy. ¿Es alto?

JUAN.- Le lleva a usted un palmo.

LILY.- Ya se contentará con llevarme medio. Y de pelo, ¿cómo es?

JUAN.- Rubio... (LILY pone un gesto de conformidad.) ¿Qué? ¿Le va bien el color? ¿O los prefiere morenos? (Un poco enfadado.) En todo caso, supongo que eso no será para usted cuestión de vida o muerte.

LILY.- (Comprensiva.) No... La verdad es que, en lo que al pelo se refiere, soy facilona.

JUAN.- Yo no conocí a Pepe el guapo, que es probable que lo fuese, pero le doy a usted mi palabra de que Juanelo se merece el mote.

LILY.- (Escéptica.) Juanelo..., ¿el guapo?

JUAN.- (Violento.) ¡Sí, sí! Y, desde luego, con mucho más motivo que Martín y que Alfredo Sancho, que son unos chulitos a los que mañana mismo borraré de la nómina.

LILY.- Infelices... ¿Qué culpa tienen? (Transición.) El guapo de verdad era Tacho Borja... El de la carretera de Toledo... Ése sí que...

JUAN.- Yo he buscado en usted a una muchacha alegre, sin demasiados prejuicios, moderna, y no a la viuda de Borja, que, por añadidura, y lamento decírselo, era un «cógeme, que soy la primavera».

LILY.- ¿Y qué es eso?

JUAN.- Un «azótame con lilas blancas». ¿No me entiende? Un mariquita, vaya.

LILY.- ¡Falso, falso!

JUAN.- ¡Un mariquita de tres pares de demonios! Y no sé lo que le hubiera dejado a usted peor sabor de boca, si el derrapazo en Illescas o el derrapazo en la pensión Zocodover.

LILY.- Es usted una mala persona hablando así de Tacho Borja. Usted es de los que creen que todos los hombres guapos tienen que ser mariquitas por fuerza.

JUAN.- Si es que aumentan cada día... Y eso que no se reproducen. (Transición.) Lily, discúlpeme, no he querido herirla... ¿Me perdona?

LILY.- Pero conste que Tacho Borja...

JUAN.- Sí, sí..., le he calumniado..., olvídalo... (Transición.) Hablábamos de Juanelo...

LILY.- Ya que se empeña... ¿Podría verle?

JUAN.- Eso es ponerse en razón... Naturalmente que sí.

LILY.- No es que yo esté mal impresionada o que desconfíe de usted, pero a mí, si una persona no me entra por los ojos...

JUAN.- Lily, nada más justo. Mañana mismo lo verá.

LILY.- ¿Dónde?

JUAN.- Toma siempre el aperitivo en Los Claveles a eso de la una y media. Yo estaré con él.

LILY.- (Sin entusiasmo, pero con una especie de seriedad comercial.) Entonces... iré allí a las dos, ¿no? Y si me gusta ya se lo diré a usted.

JUAN.- En este momento de su vida sospecho que le tiran un poco los hombres maduros, ¿es así?

LILY.- Por reacción, ¿me comprende?, de tanto pollito imberbe como lleva una tratado. Bueno..., me voy. Y ojalá tenga suerte. (Se coloca la capucha del impermeable.)

JUAN.- Óigame... ¿Para qué esperar tanto? ¿Quiere verle ahora?

LILY.- ¿Está despierto?

JUAN.- No, dormido como un ángel, pero le puede ver.

LILY.- ¿Dónde?

JUAN.- Es muy sencillo... (Se asoma a la ventana.) La cornisa le protegerá de la lluvia. (Para sí mismo.) Y ese maldito collar... (Transición.) Venga, venga, Lily. Asómese un instante. (LILY le obedece.) ¿Ve la esquina? Del otro lado está la habitación que da al jardín. Si se decide a subirse a una de las sillas tendrá una primera impresión, en directo, de cómo es... (Ante una objeción con la que, sin duda, cuenta.) Sí, sí, ya sé que no es bastante... Pero le servirá de anticipo... En mis planes primitivos figuraba el que usted le tirase una flor y desapareciese. Flores... no faltan. Si quisiera aceptar ésta, como muestra de las que tanto me agradará enviarle a su camerino, ganaríamos tiempo.

LILY.- Bueno, pero sin compromiso. (La toma.)

JUAN.- Sin compromiso.

LILY.- Me da reparo ir sola.

JUAN.- Puedo acompañarla, si lo desea.

LILY.- Es mejor.

(JUAN se dispone a salir con LILY, que mira un poco melancólicamente la habitación, como si se despidiese de ella. De improviso, suena el teléfono de nuevo.)

JUAN.- Dispéñeme, Lily. Vaya usted, ande, no sea niña. Y vuelva a darme sus impresiones.

LILY.- Como quiera...

(Mutis por el foro.)

JUAN.- ¿Quién es?

ALBERTINA.- Otra vez la misma historia. ¿Quién va a ser? ¿Por qué no me llamaste?

JUAN.- Porque no pude.
ALBERTINA.- ¿Estás sequito ya?...
JUAN.- Ay, querida... ¿Vas a cronometrar el tiempo que tardo en secarme?
ALBERTINA.- ¿Y quién cogió el teléfono antes?
JUAN.- La muchacha...
ALBERTINA.- ¿Crees que soy tonta?
JUAN.- No, no..., ya sé que no lo eres, pero te aseguro que fue la muchacha... Vamos, debió de ser porque yo no oí el teléfono... En la ducha... ya te imaginarás que no se oye nada..., que puede hundirse la casa sin que...
ALBERTINA.- Mira, Juan...
JUAN.- Ay, querida..., ¿cuándo vas a curarte de tus celos?
ALBERTINA.- ¿Celos yo?
JUAN.- Sí, sí, como una turca o como un turco... (Transición.)
Escúchame: es tardísimo y no tengo el menor deseo de soportarte una escena, o sea que...
ALBERTINA.- Sólo me queda por oír esto. No mereces lo que hago por ti...
JUAN.- Y si no prescindes de tus recriminaciones...
ALBERTINA.- Eres un mal hombre...
JUAN.- ...y dejas de insultarme...
ALBERTINA.- Un mal hombre, sí...
JUAN.- Yo... a la una..., yo, a las dos...
ALBERTINA.- Un mal hombre... Y hemos terminado para siempre.
JUAN.- Buenas noches, que descanses. (Y cuelga el teléfono. Pero inmediatamente lo descuelga para que no le importunen con nuevas llamadas.) ¡Qué alivio! (Va a marcharse por el foro, cuando regresa LILY. Viene muy sonriente.) ¿Pudo verle?
LILY.- (Se ríe con desenvoltura.) Sí..., le vi...
JUAN.- Guapo, ¿eh?
LILY.- Quizá, pero tímido no. En fin, que usted ya no me necesita para nada. Él se ha buscado su aventura.
JUAN.- ¿Cómo...?
LILY.- Estaba en muy buena compañía...
JUAN.- ¡Desvergonzado!

(Y hace mutis, colérico, por el foro. LILY se asoma a la ventana. Va después al teléfono y marca un número.)

LILY.- Soy Lily, Marga.
MARGA.- (Con ilusión.) ¿Qué pasó?
LILY.- Nada, un fracaso total. Ya te contaré mañana.
MARGA.- ¿Y por qué no ahora?
LILY.- No, no, ahora no puedo.
MARGA.- ¿Estás en su casa todavía?
LILY.- Sí, pero eso no tiene importancia. Hay una tormenta dentro que riéte de la de fuera.
MARGA.- (Intenta proseguir la conversación.) No me pongas

nerviosa.

LILY.- Adiós, adiós.

(Cuelga. Va a la puerta del foro y parece querer enterarse de lo que sucede en la casa. Se oye, vagamente, el ruido de una persona que corre de un lado a otro, que sube y baja escaleras, que abre y cierra puertas. Cuando ya concluyó sus observaciones, LILY vuelve al primer término, recoge su bolso y parece dispuesta a marcharse. En este instante, JUANELO entra en escena. Es un muchacho de diecisiete años, despeinado y soñoliento, de bata. Tiene un aire bien plantado. LILY se sorprende al verle.)

JUANELO.- (La mira con manifiesta curiosidad y sorpresa.) ¿Quién es usted?

LILY.- Yo... yo trabajo en la compañía del señor Garona. (Con timidez.) ¿Y usted?

JUANELO.- Soy su hijo.

LILY.- Ése. (Y señala el retrato. E, in mente; lo coteja.)

JUANELO.- Justo. Y usted, ¿qué hace aquí... y a esta hora? ¿Qué hora es?

LILY.- Tarde.

JUANELO.- (Ha visto el reloj entretanto.) Las tres y media. ¿Qué hace usted aquí a las tres y media?

LILY.- El señor Garona quería saber qué opinaba yo sobre algunos proyectos suyos...

JUANELO.- ¿Y tuvo que consultárselos de madrugada?

LILY.- Las cosas del teatro...

JUANELO.- Ya. ¿Y no pudo hablarle allí?

LILY.- El teatro sólo es bueno para ensayar... y dar la función: (JUANELO la mira sin prestarle demasiado crédito a lo que dice.) En fin, yo debería marcharme, sólo que no quiero hacerlo sin despedirme de su padre.

JUANELO.- (Se oye ahora claramente un gran portazo. LILY y JUANELO se miran. Asaltado de una idea repentina.) ¿Usted estaba con él, no?

LILY.- Sí.

JUANELO.- ¿Y qué es lo que le llevó a mi padre a ir a mi habitación?

LILY.- ¿Fue a su habitación...?

JUANELO.- Algo le diría, se me ocurre, para dejarla con la palabra en la boca.

LILY.- Sé que se fue, pero no sé adónde. No conozco la casa.

JUANELO.- ¿Nunca estuvo aquí?

LILY.- (Sorprendidísima.) ¡Jamás!

JUANELO.- Antes de irse, ¿se asomó al mirador?

LILY.- Puede que se asomase.

JUANELO.- (Él se asoma también. Vuelve enseguida, concluido su reconocimiento, al centro de la escena.) Pero aún así, no lo entiendo. Porque la verdad es que no se ve nada. ¿Qué le habrá

llevado a presentarse en mi cuarto?

LILY.- ¿Y qué pasó?

JUANELO.- «¡Al despacho, inmediatamente a mi despacho!», me gritó. (Súbitamente abatido.) Es terrible..., es terrible.

LILY.- ¿Qué le sucede?

JUANELO.- Todo se ha venido al suelo.

LILY.- ¿Qué es lo que se ha venido al suelo?

JUANELO.- Muchas cosas. Usted no tiene por qué saberlas. (Para sí.) Sin duda, era demasiado bonito para que pudiera durar. Ya se acabó... ¿Y por qué, Dios mío, por qué? (La mira de repente.)

Óigame... ¿usted no llevaba algo así como una capucha de charol?

LILY.- ¿A qué viene esa pregunta?

JUANELO.- Yo me había quedado dormido como una piedra. Y me desperté al oír ruido... Y creí ver -fue un segundo- una capucha reluciente que desapareció enseguida...

LILY.- En sueños se ven cosas muy raras.

JUANELO.- (Sibilino.) Tal vez no tantas... (Y asaltado de una repentina decisión, mete la mano en el bolsillo del impermeable con tan buena fortuna que le encuentra la capota que se había puesto poco antes.) Ajá... No iba muy descaminado... Justo..., una capota así, brillante como una luciérnaga. Eso es lo que vi yo... Luego usted fue a espiar, no sé por qué razón, a mi cuarto a través de la ventana, que estaba abierta... Y se vino a avisar a mi padre de lo que había visto. Y sólo porque... supimos aprovechar los dos minutos que pasaron entre su visita y la del autor de mis días... no se produjo un drama. O sea, que la culpa de cuanto ha sucedido es suya y ya me explicará qué papel representa usted en todo este asunto. (Se acerca a LILY, que retrocede intimidada.) Y lamento muchísimo no poder darle cuatro bofetadas, dos en un carrillo y otras dos en otro, a fin de que aprenda a no meterse en lo que no le importa.

(Quizá, a pesar de todo, acabaría agrediéndola si la puerta del foro no se abriese para dar entrada a JUAN.)

JUAN.- ¿Qué sucede?

LILY.- (Deshaciéndose del cerco a que la había sometido JUANELO.)

Nada. Me voy.

JUAN.- Espere un momento, hágame el favor.

(JUAN llegó acompañado de LOLÓN. LOLÓN es una mariposa que trabaja la barriada a las horas nocturnas. Es joven y bastante agraciada, tanto que apenas pensar que tenga que dedicarse a su aperreado oficio para ganarse la vida. Pero el mundo es así. LOLÓN se queda en el umbral de la puerta del foro. Viste llamativamente. Lleva el pelo teñido y se ha maquillado más de lo aconsejable, pero sin graves excesos. Trae un paraguas sobre el que cayó la abundante lluvia de la tormenta. Los estragos de ésta son más visibles en la chaqueta de JUAN, que no tomó precaución alguna antes de lanzarse a la calle.

Deseoso de cambiársela lo más pronto posible, deja a LOLÓN en su despacho y hace mutis por la derecha, de donde regresará, en su momento, con otra distinta, menos a juego con los pantalones, pero seca. Mientras vuelve, LOLÓN mira a LILY y a JUANELO y es mirada por ellos con curiosidad y desconcierto. Ninguno de los tres, según se suele decir por las deliciosas tierras de Cataluña, «saben de qué van».)

LOLÓN.- Jolín, cómo llueve.

LILY.- (Alarmada, pensando en que tiene que marcharse.) ¿Todavía?

LOLÓN.- Caen chuzos.

JUANELO.- ¿Quién es usted?

LOLÓN.- Me llaman Lolón.

JUANELO.- ¿Qué hace aquí? ¿Para qué la ha traído mi padre?

LOLÓN.- Andá... ¿Ése es su padre?

JUANELO.- Sí.

LOLÓN.- Pues ya he hecho la noche. No sé. Me ha cogido en la puerta y me ha obligado a que subiera... Bueno... Exagero..., a mí no me tienen que obligar para esas cosas. Estaba muy enfadado, no sé por qué, y hablando solo. Supongo que ahora se explicará.

JUAN.- (Sale con su tercera chaqueta de repuesto, a tiempo de oír las últimas palabras de LOLÓN.) Exactamente: ahora mismo voy a explicarme. (A JUANELO.) ¿Qué hacías tú con esta señorita en tu habitación?

JUANELO.- ¿Yo?

JUAN.- Sí, tú.

LOLÓN.- Oiga, oiga, ¿qué disparates son esos? Yo es la primera vez en mi vida que veo a su hijo.

JUAN.- ¿Por qué sabe, entonces, que es mi hijo?

LOLÓN.- Toma... porque me lo ha dicho él.

JUAN.- ¿Y qué hacía usted en el jardín?

LOLÓN.- Como la verja estaba abierta, me había refugiado en el cenador mientras amainaba.

JUAN.- No es verdad. Usted había saltado por la ventana al darse cuenta de que bajaba yo y se había escondido en el cenador, lo cual es muy distinto.

LOLÓN.- Eh, eh..., a mí no me meta en líos.

JUAN.- ¿Y no es ése su oficio?

LOLÓN.- ¡Sin faltar, eh, sin faltar!

LILY.- Don Juan: La chica tiene razón. ¿Cómo se la encontró en el cenador? ¿Así? (Se refiere, evidentemente, a si la encontró con el traje que lleva.)

JUAN.- Claro...

LILY.- (Radical.) No tuvo tiempo de vestirse.

JUANELO.- (Repentinamente.) ¡Sí que lo tuvo! Era ella. (A

JUAN.) Ya lo sabes. Haz lo que quieras.

(LOLÓN mira a JUAN, a JUANELO y a LILY, sin comprender nada de lo que sucede.)

LOLÓN.- Jolín, jolín, jolín... ¿En dónde he caído?

JUANELO.- Es inútil seguir negando. Mejor es que confesemos la verdad.

LOLÓN.- (Desconcertada, pero con la intuición de que es preferible seguir el juego a que la incita JUANELO.) Bueno, pues por mí...

JUAN.- Un instante. (A LILY.) Usted cree que tuvo tiempo de arreglarse mientras yo iba a la habitación de mi hijo, ¿sí o no?

LOLÓN.- Yo me visto y me desvisto en un periquete.

LILY.- (Evasiva.) A lo mejor.

JUAN.- (Reflexiona.) No. Me he equivocado. Es evidente que no tuvo tiempo. Usted no es la persona que yo busco. Dispénsame. Y déjenos. Buenas noches. (Se saca unos billetes del bolsillo y se los da discretamente.)

LOLÓN.- A mandar.

(Mira a JUANELO como si lamentase el sesgo que toman, bien a su pesar, las cosas. Y hace mutis, despidiéndose de LILY con un vago ademán.)

JUAN.- ¿Quieres decirme de una vez con quién estabas? (JUANELO no contesta.) ¿Quieres decírmelo, sí o no? (Nuevo silencio de JUANELO.) Perfecto. (Pulsa el telefonillo interior. Nadie contesta y, en el ínterin, JUAN lanza a su hijo miradas furibundas. Al tercer o cuarto intento su llamada tiene éxito.) ¿Matilde? ¡Ah! Encarna.

Es igual. Vengan las dos inmediatamente a mi despacho. No, no hay fuego. Pero vengan inmediatamente. (Cuelga.) Es lamentable, hijo mío, que me obligues a tomar medidas muy incómodas que con una sola palabra me podrías evitar.

LILY.- Le ruego que me permita marcharme.

JUAN.- ¡No!

JUANELO.- ¿Qué vas a hacer?

JUAN.- Una rueda de presos, un careo... Lo necesario para saber quién era la persona con la que estabas.

JUANELO.- ¡No era de esta casa!

JUAN.- ¿Ah, no? ¿De cuál, entonces? ¿De la de al lado? (Reflexiona un segundo.) Claro que podría ser de la de al lado.

JUANELO.- Ni de la de al lado tampoco...

JUAN.- ¿Dónde está?

JUANELO.- Se fue.

JUAN.- Ahora lo veremos. (A LILY.) Yo siento tener que pedirle que me ayude en algo seguramente no muy agradable, pero espero de que se dé cuenta de lo que es ser padre y que no me niegue su colaboración.

LILY.- Óigame, si cree que voy a denunciar a alguien se equivoca.

JUAN.- ¿Ah, no? ¿Será capaz de negarse a echarme una mano para que descubra quién es la desvergonzada que pasa las noches con mi hijo, con un menor de edad?

LILY.- Pues, sí. (Alguien llama a la puerta con los nudillos.)
JUAN.- ¡Adelante!

(La puerta se abre y entran ENCARNA y MATILDE, dos muchachas de servir, lo bastante agradecidas y jóvenes para pensar que sean capaces de iniciar a un adolescente en los misterios de la vida.)

ENCARNA.- ¿Sucedo algo, señor?

LILY.- (Las mira sumaria, pero intensamente.) Aunque, desde luego, le anticipo que no es ninguna de éstas. (Y se dispone a hacer mutis.)

JUAN.- (Se lo impide reteniéndola del brazo.) Por favor, Lily, se lo suplico. ¿No me entiende usted? ¿No es ninguna de las dos?

LILY.- Le repito que no.

(Y hace mutis, ahora ya definitivamente.)

JUAN.- (Movido por un impulso de cortesía, con la intención de acompañarla.) Espere... (Y la sigue, si bien para regresar enseguida.)

ENCARNA.- (Con un tono que aleja cualquier sospecha, como de una persona mayor a un niño.) Oye, Monaguillo, ¿qué pasa aquí? (JUANELO se encoge de hombros, sin contestarle.)

JUAN.- (De vuelta.) Discúlpeme si las desperté. Pueden retirarse. Buenas noches.

ENCARNA.- Buenas noches.

(Y se marchan sin ocultar su desconcierto.)

JUAN.- (Pulsa de nuevo el telefonillo.) Estaba en la luna.

Parece mentira que no haya caído antes... (Autoritariamente.)

¡Señorita Nati! Haga el favor de venir ahora mismo a mi despacho.

No, no... ¡He dicho ahora mismo! (Cuelga. Se encara con JUANELO.)

Parece que acerté, ¿no es así? ¡Confiesa! ¿O vas a seguir negando?

JUANELO.- Papá: estoy enamorado de Lily.

JUAN.- ¿Qué?

JUANELO.- ¿Necesito repetirlo?

JUAN.- Desde luego. Y no una, sino dos y tres veces y cuatro. Y no serán bastantes. ¿Que estás enamorado...?

JUANELO.- Sí.

JUAN.- ¿Y desde cuándo conoces a Lily?

JUANELO.- Perdona... No es a Lily a quien me refiero.

JUAN.- ¡Ah!

JUANELO.- Si no a Nati.

JUAN.- ¿Y a qué viene llamarla Lily?

JUANELO.- Sería largo de explicarte. Y no tendría ningún interés.

JUAN.- (Comprendiendo lo que ha sucedido.) Como gustes...

JUANELO.- De quien estoy enamorado es de Nati.

JUAN.- Eso es distinto.

JUANELO.- Y quiero casarme con ella.

JUAN.- (Tras una pausa.) Bendito sea Dios. Ya era hora de que te oyese algo gracioso. Casarte... ¡A los diecisiete años! ¡Del Instituto a la Vicaría! Pero, ¿tú has pensado un momento en lo que dices, pedazo de insensato? (Colérico.) ¡Sal de aquí inmediatamente!

JUANELO.- (Rebelde.) ¡Papá!

JUAN.- ¡Márchate en el acto, si no quieres que te deje inútil para el matrimonio! (JUANELO no se atreve a hacerle frente y se marcha por el foro. JUAN se mesa los cabellos.) Señor, Señor..., ¿de dónde salen estos seres extraños que son nuestros hijos? (Se oye un trueno y arreciar de la lluvia. Se aproxima a la ventana.) Y a esa infeliz le habrá cogido la tormenta... (Vuelve al centro de la escena.) Casarse... Aún no tiene el llavín para salir por las noches y habla de casarse... ¿Qué llevan en el lugar del cerebro? Están locos de atar. ¡Casarse! ¡Casarse! ¿Quiere usted por esposo, por palabras de presente, al niño Juanelo Garona Ruiz, alias Monaguillo? (Le acomete una risa nerviosa rayana al histerismo, que alguien corta golpeando con los nudillos en la puerta.) ¡Entre! (Y la puerta se abre para que conozcamos a NATI. La cual es una muchacha más cerca de los treinta años que de los veinticinco, bonita, indudablemente, y con un cierto aire profesoral. Lleva gafas y viste una bata de dormir.)

NATI.- ¿Me llamaba?

JUAN.- (Enfrentándose.) Creo que sí. (Pausa.) Siéntese. (NATI le obedece. Nueva pausa.) Señorita Nati: si lo cree oportuno, puede desmentirme, pero sería más inteligente por su parte y más cómodo para mí el que usted aceptase por las buenas que hace cinco minutos estaba en una habitación distinta de la suya, dedicada a algo para lo que, ciertamente, no había entrado en mi casa, que es, como usted sabe, para enseñar francés a mi hija Rosaura. (Pausa.) ¿Conforme? (Silencio, hartamente significativo de NATI.) Perfecto: el que no niegue nos evita discusiones enojosas y prueba su discreción. (Otra pausa. JUAN se pasea de un lado a otro de la escena.) Bien. Así, pues, resulta que usted, que no pisaba mi teatro porque decía que el género de revista le parecía inmoral y que era incapaz de ver una película tres R o de leer un libro verde, es sorprendida de pronto en los brazos de mi hijo Juanelo. Curioso, ¿no? (NATI calla.) Si me contestase algo, lo que fuese, se lo agradecería mucho.

NATI.- ¿Y qué quiere que le conteste?

JUAN.- A mí me da lo mismo monologar que hacerle las respuestas. Aquí de lo que se trata es de que sea usted quien hable en su momento y no yo solo por los dos. Le preguntaba si tengo o no motivos sobrados para extrañarme de su conducta.

NATI.- Quizá sí.

JUAN.- Y lo que más me asombra de todo es que se haya educado en Ávila. Yo supuse que quien había visto transcurrir sus primeros años entre santos, soportales, novenas y murallas sería incapaz de nada

irregular. Y, mire usted por dónde, pese a mis esperanzas tan puestas en razón, he aquí que la señorita Nati, cansada, al parecer, (Con ironía.) de sus funciones docentes, se convierte en la amante del niño de la casa. ¡Vivir para ver! ¿Qué pasaría si el señor Figueras, su ilustre padre, registrador en Valcueto, se enterase de que su hija entra en la habitación de un parvulillo ingenuo y abusa de su inocencia con las más refinadas artes abulenses? ¿Eh, señorita Nati?

NATI.- ¿Puede darme un cigarrillo?

JUAN.- (Atónito.) Caramba, sí... Como darle, le puedo dar un cigarrillo y una cajetilla... Le puedo dar la Tabacalera, si la necesita. Pero permítame que le diga que se me hace un poco raro que, cuando la estoy interrogando sobre cosas muy serias, lo único que se le ocurre sea pedirme un cigarrillo.

NATI.- Es que lo necesito para hablar. Sin cigarrillo parezco muda. (JUAN le alarga una caja de plata. NATI toma uno.) Gracias.

JUAN.- Coja alguno de reserva, no se quede sin munición a mitad de un párrafo.

NATI.- No... si, en realidad, para lo que tengo que decirle con uno basta.

JUAN.- (La interrumpe.) Y ahora que caigo, ¿dónde demonios aprendió el francés?

NATI.- Pasé dos años con mi abuelita en Burdeos.

JUAN.- Bien aprovechados, sí señor. (Transición.) ¡Y hable de una vez, si no quiere que empiece a dar gritos!

NATI.- (Tenuemente.) Ya empezó.

JUAN.- (Tascando el freno.) Nati... (JUAN, a duras penas, se contiene, enciende el mechero y se lo acerca, no se sabe si al cigarrillo o a los ojos: NATI da, entre azarada y recelosa, las primeras chupadas.)

NATI.- Tampoco es preciso tener mucha imaginación para saber lo que ha pasado.

JUAN.- Mire, por fin ha dicho usted una verdad como un templo. Es muy, sencillo: que usted se aburrió de repetir con Rosaura: je t'aime, tu m'aimes, il m'aime, nous nous aimons, vous vous aimez, ils s'aiment, y prefirió decírselo a Juanelo. (NATI se ríe con aire de superioridad.) ¿De qué se ríe? ¿Es así o no es así? (Furioso, vejado.) ¿O es de mi acento de lo que se ríe? (NATI responde con un gesto equívoco.) ¡Mis padres no pudieron permitirse el lujo de ponerme una profesora como usted! ¡Y ésa suerte tuve!

NATI.- (Se dispone a levantarse.) Ah, no... Si pretende insultarme...

JUAN.- ¿Por qué tiene que reírse de mi francés? ¿Qué pasa? ¿Que lo pronuncio mal? Pues... je m'enfou. ¿Se entera? Je m'enfou... ¿A que me entiende perfectamente?

NATI.- Sí, es una grosería.

JUAN.- Y acaso mi francés sea muy mediano, but I speak english so well as Mr. Wilson. («Bat ai espiq inglis so gùel as mister Gùilson»). Do you understand me? («Du yu anderstan mi?») And you don't know just an english word. («And yu dont nou yast an inglis

werd».) Que no sabe ni esto de inglés, ¿está claro? Y a mí me deja en Hamburgo y hago buen papel porque sé doscientas palabras de alemán y me bastan. Y hablo catalán, sí señor, catalán. ¿Quiere usted que se lo demuestre? Setze jutges d'un jutgat mengen fetches d'un penjat («Setche suches d'un suchat menchen fetcha d'un panchat».) A ver quién es capaz de decir esto en la barriada. Hale, écheme en cara mi francés. Y, además, bueno sería que no lo hablase mejor que yo. Pues, ¿para qué entró en esta casa hace un año? Me permito recordarle que fue para enseñárselo a mi hija Rosaura y no para hacer el amor con mi hijo Juanelo.

NATI.- Conviene que sepa, primeramente, que la niña habla francés de maravilla, lo cual demuestra que he cumplido con mi deber en lo esencial, y segundo, que es su hijo el que me ha seducido a mí.

JUAN.- Está diciendo cosas tan peregrinas, que le sugiero que cambie de cigarrillos por si recobra la sensatez.

NATI.- Aunque fumase egipcios o de hierba, sería igual. (Sin perder su flema.) Vuelvo a decirle que su hijo me sedujo.

JUAN.- Sepamos cómo.

NATI.- Hay muchas maneras de seducir, seguramente, pero... el mecanismo es idéntico.

JUAN.- ¿Cómo el mecanismo?

NATI.- El más fuerte, o el más hábil, o el más atractivo, o el más rico, envuelve al más débil..., o al más torpe..., o al menos atractivo..., o al más pobre... (Queda en suspenso.) Me parece que cuadra lo que he dicho, ¿no?

JUAN.- Seguramente.

NATI.- (Reconstruye la frase anterior.) Sí..., fuerte y débil; hábil y torpe..., más atractivo... o menos... Rico y pobre... Sí, así es.

JUAN.- Con el tabaco, Nati, mejora mucho. Parece, pues, que usted era la Caperucita. Y mi hijo, naturalmente, el lobo feroz. ¡Vamos! El lobo feroz, con la leche materna todavía en los labios, necesitando la guillette una vez cada tres semanas y lleno de miedo por si le suspenden en el Preu. ¿Se imagina que soy tonto?

NATI.- No se olvide que, además, Juanelo era el hijo del dueño de la casa.

JUAN.- Las costumbres feudales que les daban antes ciertos derechos hace mucho que están en desuso, señorita.

NATI.- Yo no tengo la culpa de que su hijo se haya enamorado de mí.

JUAN.- «Se haya enamorado»... Eso es ya llevar las cosas por distinto camino. Empezamos a entendernos. Y usted, conmovida por la pasión que había despertado en un adolescente encantador..., porque mi hijo es encantador, señorita Nati...

NATI.- ¿Y quién dice lo contrario...?

JUAN.- ...no pudo contenerse y cayó en sus brazos. A propósito, ¿la llamaba Lily?

NATI.- (Sorprendida.) Sí...

JUAN.- ¿Por qué motivo?

NATI.- Había recibido unas cartas firmadas con ese nombre y al principio supuso que era yo quien se las enviaba. Y aún siguió

creyéndolo hasta ayer, que recibió otra pidiéndole una cita.

JUAN.- Ya. ¿Y cuándo empezó todo?

NATI.- ¿Tiene interés en saber la fecha? ¡Qué morboso es usted...!

JUAN.- ¡Cántela!

NATI.- Bueno, si se empeña... Fue hace tres meses, el veintiséis de febrero y a las doce en punto de la noche...

JUAN.- Vaya..., cayó usted con las campanadas.

NATI.- Pues... sí... (Se ríe sin poder evitarlo, a pesar suyo.)

JUAN.- El que usted, evocando un momento importante de su vida, sienta cierta satisfacción, lo encuentro comprensible... Ahora, el que le entre la risa, me parece lamentable.

NATI.- Perdóneme. Es que fue una coincidencia... curiosa. Las doce en punto.

JUAN.- Muy fogueada debe estar para haber puesto su atención en la hora.

NATI.- (Silbante, como si fuera a acometerle, mientras apaga el cigarrillo.) ¿Qué quiere darme a entender? ¿Que era, sobre poco más o menos, algo habitual en mí?

JUAN.- Mire usted, Nati...

NATI.- El veintiséis de febrero, a las doce menos diez, entró en mi cuarto y me dijo que había descubierto que era yo quien le escribía y que me adoraba.

JUAN.- ¿Y usted?

NATI.- ¿Qué iba a contestarle siendo el hijo del dueño?

JUAN.- ¿Otra vez el mismo cuento...? ¿Y qué pasó?

NATI.- No me supe defender y abusó de mí.

JUAN.- La mujer española, señorita, defiende la honra a costa de la vida si es preciso. Ya veo que ha leído muy poco teatro clásico.

NATI.- (Se pone de pie.) Me puedo marchar, ¿verdad?

JUAN.- Le recuerdo que donde la he encontrado hoy no ha sido en su alcoba, sino en la de mi hijo. ¿Quién abusaba de quién?

NATI.- Evidentemente, las cosas cambiaron desde el veintiséis de febrero. Pero no me haga de menos insinuándome que necesito recurrir a la violencia para que alguien pase la noche conmigo.

(NATI va a marcharse y JUAN a contestarle algo, pero la aparición de LILY se lo impide. Viene empapada.)

JUAN.- ¿Quién le ha abierto la puerta?

LILY.- Una muchacha.

JUAN.- ¿Y qué es lo que sucede?

LILY.- Que no hay un taxi ni para un remedio y que llueve a más y mejor.

NATI.- Si a usted le preocupa tanto la moral de su hijo, bien podría predicar con el ejemplo.

JUAN.- ¿Qué quiere darme a entender?

NATI.- (Mira a LILY significativamente.) Nada...

JUAN.- Señorita: yo hago en mi casa lo que me parece y no admito sus lecciones.

LILY.- (A NATI.) Un momento..., tengo la impresión de que a usted la pierde la fantasía.

NATI.- ¿Sí...?

LILY.- ¡Ah! Sólo me faltaba eso. ¿Qué se imagina? ¿Que yo vengo a esta casa a hacer compañía al señor Garona? Se equivoca. (A JUAN.) Y espero que usted ponga los puntos sobre las íes inmediatamente.

JUAN.- (Se dispone a justificar la presencia de LILY.) Esta señorita...

LILY.- Lleva, por de pronto, veinte minutos calándose hasta los huesos.

NATI.- El transporte, al menos, debiera dárselo resuelto.

JUAN.- Nadie tiene que enseñarme a llamar un taxi. (Va al teléfono. Marca un número.)

LILY.- No es culpa suya. Yo no se lo pedí.

NATI.- A lo mejor, no es que viene, es que se va.

JUAN.- (Desde el teléfono.) Mire, Nati...

LILY.- ¿Y usted quién es? ¿La del hijo, no? (La examina.) Claro: la misma que estaba con él.

NATI.- ¿Y cuándo nos ha visto?

LILY.- Eso es cosa mía.

NATI.- ¿Es usted, entonces, quien ha ido con el cuento al señor Carona? Pues ya no está en edad de hacer la acusica.

LILY.- (A JUAN.) Óigame: si no se calla esta vampiresa, tendré que sacarle los ojos.

NATI.- ¿Usted? ¿Usted a mí?

LILY.- ¡Qué pregunta más inútil! ¿A quién si no?

JUAN.- ¡Basta! ¡A callar! ¡He dicho que a callar! (Se hace el silencio. NATI y LILY siguen mirándose desafiadoramente, pero se separan. JUAN usa ahora el telefonillo interior. Gruñe iracundo.) Todos los taxistas de Madrid se han muerto... ¡Ramón! Perdóneme que le moleste. Estaba dormido, claro... ¿Ah, no? Lo celebro. Mire, haga el favor de coger el coche y de acompañar a la señorita Pérez donde ella le diga. ¿Le importa? El coche lo encontrará en la esquina. Muchas gracias, Ramón. (A LILY.) A usted, ahora mismo la llevarán a su casa. En cuanto a usted, (Se refiere a NATI.) puede retirarse. Y, mañana por la mañana, prepare su maleta y buen viaje. A su padre le diré que se va por entenderse mal con mi hija, lo cual me parece más discreto que decirle que se va por entenderse bien con mi hijo.

NATI.- A mi padre tendrá usted que decirle algunas cosas más.

JUAN.- ¿Ah, sí? ¿Cuáles?

NATI.- Por ejemplo, que estoy esperando un niño.

(Y, sin aguardar respuesta, hace mutis airadamente. JUAN se lleva la mano a la boca y ahoga un grito, no se sabe a ciencia cierta si de asombro o de indignación, o de ambas cosas a la vez.)

JUAN.- (Sin querer dar crédito a lo que oyó.) ¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho esa bruja?

LILY.- (En el fondo un poco complacida.) Supongo que me lo pregunta por preguntar, porque la cosa es muy clara.

JUAN.- (Deletreándolo.) Que está esperando un niño...

LILY.- Sí, sí. Así es.

JUAN.- ¡Qué desvergüenza! ¡Cuánto cinismo! ¿Sabe usted de dónde es esa señorita, esa vampiresa, como usted la llamó? ¡De Ávila!

LILY.- En la compañía tiene usted dos hermanas, bastante golfas por cierto, que son de un pueblo de la provincia.

JUAN.- Hoy ya no puede uno fiarse de nadie.

LILY.- Yo no me explico por qué usted protesta tanto. Lo que le asustaba era que su hijo se iniciase en la vida amorosa como usted. Vaya, con esas historias de las malas mujeres jugando a las cuatro esquinas que me contó hace un rato. O inclusive como le sugería yo... Pues de todo eso se ha librado el niño buscándose un apaño por su cuenta. ¿A qué vienen entonces esas broncas tremendas porque haya empezado el curso por libre y no yendo a la academia en la que usted quería matricularle?

JUAN.- Que a Juanelo se lo haya llevado al río una u otra me es igual, a ver si nos entendemos, aunque haya sido la tal Nati y en mi casa, que ya comprenderá que no era mi sueño dorado. Lo grave es que si esa vampiresa no miente y esta embarazada y ese botarate de Juanelo se encuentra con la perspectiva de un hijo a los diecisiete años y yo de un nieto a... (Va a decir su edad y LILY le mira curiosamente, porque nadie la sabe a ciencia cierta, pero él busca un efugio, para no revelarla.) a... a... antes de cuando me correspondería tenerlo, ¿qué solución me queda? ¿Impedir que nazca? Sería una mala acción, ¿verdad? Y ya la criaturita en el mundo, ¿qué hago con ella? ¿Y con Nati y con Juanelo? ¿Llevarlos a la iglesia? No me divierte nada, se lo aseguro. (LILY rehúye la respuesta con un gesto ambiguo.) Santo Dios... ¿Por qué han de pasarme a mí estos dramas? Antes de mil novecientos sesenta y ocho quizá no tenían remedio, pero ahora, con la píldora vendiéndose en la Puerta del Sol como los veinte iguales, reconocerá que lo que me sucede es porque la mala suerte se ha cebado conmigo.

LILY.- Si usted pretende que a los diecisiete años se tenga la experiencia de un hombre maduro...

JUAN.- Yo no me refiero a la edad de él, sino a la de ella. Él es, en efecto, un gorrión, pero ella es una pájara. Y es muy posible que pretenda enganchar a ese inocente de Juanelo. ¿Qué hago, dígame? ¿Qué hago yo en un trance así?

LILY.- Ser abuelo.

JUAN.- (La mira con impertinencia.) ¿Va usted a gastarme bromitas? Eso sería una catástrofe.

LILY.- Bien mirado, la catástrofe no consiste en que sea usted abuelo, sino en que su hijo sea padre.

JUAN.- Evidentemente. Porque si mi hijo se casa dentro de unos años, es posible que yo juegue con los nietos a los trenes eléctricos, ¿me oye? Pero sobre la base de que se case en los Jerónimos, a las doce, de chaquet y con diez testigos por banda a toda vela, y no de trapillo, a las ocho, en la capilla de las monjas

y teniendo que pagar la noticia en ABC como una gacetilla de estreno. (Transición.) Y a ese Ramón del demonio, ¿qué le pasará que no viene? (Hace ademán de pulsar de nuevo el telefonillo interior, pero he aquí que llama en la puerta del foro.) ¡Adelante!

(RAMÓN es un hombre maduro y de buena presencia. Viste un traje gris de mecánico, con la chaqueta cruzada, y lleva, en vez de corbata, pañuelo.)

RAMÓN.- Señor...

JUAN.- ¿Qué le sucede?

RAMÓN.- El coche no se pone en marcha. Tengo la sensación de que ha debido de entrarle agua.

JUAN.- Pues desmonte el carburador o haga lo que sea necesario.

RAMÓN.- Tardaré un rato todavía.

JUAN.- Vaya por Dios. (Le despide.) Ande, no pierda tiempo.

(Mutis de RAMÓN.)

LILY.- Yo siento molestarle. ¿Por qué no llama a un taxi otra vez, a ver si le contestan? Es más sencillo.

JUAN.- ¿Tanta prisa tiene?

LILY.- ¿Yo? Ninguna.

JUAN.- Espere entonces. (Se humaniza. Sonríe un poco por vez primera desde hace mucho tiempo.) ¿O teme que le riña su tía Paula?

LILY.- Pobre tía Paula...

JUAN.- Ayúdeme, Lily, a salir de este mal paso.

LILY.- ¿Y cómo?

JUAN.- No sé... Ponga en juego su técnica de conquistar hombres...

LILY.- Huy, huy..., técnica yo. Si yo soy de lo más paleta.

JUAN.- ¿Por qué no trata de engolosinar a Juanelo, de quitárselo a esa Nati? Sería un buen comienzo... Le aseguro que para mí no hay comparación entre las dos y que yo, a cierra ojos, la prefiero a usted.

LILY.- Se lo agradezco, pero me da usted un papel que es un embolado.

JUAN.- Le gusta Juanelo, naturalmente.

LILY.- (Sin demasiado entusiasmo.) Sí... (Se oye fuera el ruido de un motor de automóvil.)

JUAN.- Parece que lo dice con la boca chiquita.

LILY.- No, no... Está bien el muchacho, eso es evidente. Ahora que no es por devolverle el piropo, pero yo también le prefiero a usted.

JUAN.- Media vida daría a quien me sacase de este conflicto.

LILY.- Trataré de ayudarle. Me apena que se disguste.

RAMÓN.- (Desde dentro.) Señor...

JUAN.- ¿Qué hay?

RAMÓN.- (Entra medio confidencial, medio atemorizado.) Viene la señorita Albertina.

JUAN.- (Con sorpresa y susto.) ¿La señorita Albertina?

RAMÓN.- ¿Quiere que le diga algo que... la distraiga...?

JUAN.- A esa no hay quien la distraiga. Pues es lo único que me faltaba.

(RAMÓN se va.)

Lily: tengo que pedirle un favor. Escóndase en esa habitación. (Se refiere a la puerta de la derecha.) Perdóneme. Ya lo sé...

(Responde a la actitud de LILY, que le da a entender que se considera inocente y que protesta, en cierto modo, de que se la obligue a maniobrar a la manera de un vodevil.) Ande, ande, sin perder tiempo... (LILY se mueve falta de la necesaria y deseada expedición, como un recluta torpe.) Y no me mire así, que no es nada difícil. Acuérdesse del sketch que hacía en «La viudita revoltosa». Ya sabe a cuál me refiero, ¿no? Pues supóngase que le está dando una representación más.

LILY.- (Malhumorada.) También es gracioso que yo sin comerlo ni beberlo...

(Pero se aviene a lo que piden de ella y hace mutis por la puerta de la derecha. Transcurren unos segundos que JUAN dedica a recomponer su figura. A los pocos instantes entra ALBERTINA. ALBERTINA es una mujer de primera categoría, en lo que a su físico concierne, en una edad difícil, quizá rebasada ya la cuarentena, pero lucida y atractiva. ALBERTINA se ha echado un abrigo de entretiempo cualquiera encima de un traje casero. Los pícaros celos no le han dado tiempo a engalanarse muy refinadamente.)

ALBERTINA.- Vengo a decirte que hemos terminado para siempre.

JUAN.- Primero, que eso ya me lo dijiste por teléfono; segundo, que no es imprescindible notificármelo a las cuatro de la madrugada pudiendo hacerlo mañana a las seis de la tarde.

ALBERTINA.- (Siniestramente.) Dios sabe si viviremos mañana.

JUAN.- Mujer, ¿por qué no? Tu salud es magnífica y de la mía no tengo quejas.

ALBERTINA.- Agustín está enterado de todo.

JUAN.- ¡Ah! ¿Insinúas que la muerte nos puede venir de su mano?

ALBERTINA.- Agustín es la violencia en persona.

JUAN.- Como hombre de negocios, o en la política, o en el trato con las gentes, puede que Agustín sea violento, como marido, no.

ALBERTINA.- ¿Qué?

JUAN.- (Sin darle importancia.) Tu marido traga, Albertina.

ALBERTINA.- ¡Juan!

JUAN.- (Hecho un energúmeno.) ¡Traga, traga!

ALBERTINA.- Es de muy mal gusto que le insultes.

JUAN.- Con lo cual, dicho sea de paso; no hace sino demostrar que es un hombre del día. (Replicando a una mirada de ALBERTINA.) Sí, Albertina, sí. Si no hubiese accidentes de carretera, ni ascensores

en mal estado, ni infartos de miocardio y mi vida estuviera amenazada sólo por los tiros de Agustín, yo, con un poco de suerte, sería inmortal.

ALBERTINA.- No te fíes.

JUAN.- Huy, Albertina... Los celos no son ya una pasión española y Calderón de la Barca se ha quedado sin clientela. En este país nuestro hace treinta años que no se mata por motivos de honor, a Dios gracias, y que empieza a ser verdad eso de que no hay Pirineos. En lo que a maridos se refiere, estamos capacitados para ingresar en el Mercado Común sin miedo a que nos echen bola negra. En cambio, vosotras...

ALBERTINA.- ¿Qué nos pasa a nosotras?

JUAN.- No habéis adelantado nada. Un beso en un baile, a la revolera, lo consideraríais como un compromiso formal. Y dos horas de siete a nueve en un hotel de Aranjuez, como una atadura para toda la vida.

ALBERTINA.- Yo lo único que te digo es que Agustín...

JUAN.- Agustín, una de dos, o es tonto o está al cabo de la calle. Y yo te garantizo que tonto no es.

ALBERTINA.- Acaba de llamarme desde Barcelona. Me gustaría que hubieses oído en qué tono me preguntó con quien comunicaba. Tú apenas si le has tratado.

JUAN.- Te equivocas. Somos amigos íntimos.

ALBERTINA.- Conocidos y basta.

JUAN.- ¡Íntimos! Agustín viene aquí con frecuencia de vuelta de su despacho, a tomarse una copa. Adora a mis hijos, y les regala libros y bombones.

ALBERTINA.- Nunca me dijísteis nada.

JUAN.- Algún secreto podemos tener entre él y yo. Así que, ya lo sabes. Y jamás trae armas. O sea, que déjame en paz, que soy ya muy mayorcito para que nadie me asuste con cuentos de miedo.

(Transición.) Sobre todo, cuando me está pasando lo que yo me sé.

ALBERTINA.- ¿De qué me hablas?

JUAN.- Juanelo va a ser padre.

ALBERTINA.- Eso es imposible.

JUAN.- Mujer, será raro, fastidioso, trágico, pero imposible, no.

ALBERTINA.- ¿Y quién es la madre?

JUAN.- La profesora de francés de Rosaura. Para mí una persona de toda confianza. Y ya ves. Los he sorprendido in fraganti. ¡Los niños de ahora! Yo no creo que sea tan difícil resolver ciertos problemas, ¿no? (Con énfasis.) Los hombres de mi edad nos iniciamos en el amor de una manera bastante más simple, sin que se nos cayeran los anillos. Pero los niños de hoy no se privan de nada.

ALBERTINA.- Tengo la impresión de que quieres envolverme en cortinas de humo para que yo me olvide de lo que me ha traído a tu casa arrojándolo todo.

JUAN.- Ya te oí que hemos terminado para siempre.

ALBERTINA.- Al menos, me preguntarás por qué. (Silencio de él.)

¿Me lo, preguntarás, verdad? Si es que te queda un tanto así de delicadeza.

JUAN.- (Tras una larga pausa. Malhumorado. Como si cumpliera un trámite de pura cortesía.) ¿Por qué?

ALBERTINA.- ¿Y si me negase a darte explicaciones?

JUAN.- ¡Ah, no! Me pinchas para que te las pida y apenas caigo en la trampa me las niegas. Eso es ya demasiado.

ALBERTINA.- Porque estabas con una mujer, con tu nueva amante, con la que me engañas; cuando te llamé hace un rato.

JUAN.- Invenciones tuyas.

ALBERTINA.- Por desgracia, no.

JUAN.- Albertina, lamento decírtelo, pero hazme el favor de marcharte lo más rápidamente posible, porque sería de muy mal efecto que te viese mi hijo.

ALBERTINA.- Tu hijo ha pasado de la edad de escandalizarse a la de escandalizarte. ¿Quieres que me vaya, no?

JUAN.- Lo creo prudente. No llame otra vez Agustín, esa fiera, desde Barcelona.

ALBERTINA.- Mis celos te aburren. Te resistes a ver en ellos una prueba de que te quiero. El día en que me falten no será porque empieces a serme fiel tú, sino porque empiece a cansarme yo.

JUAN.- (Entre dientes.) Soñaré con ese día.

ALBERTINA.- Tú sabes que esto nuestro no es ya cosa de hoy, ni de ayer.

JUAN.- Once meses dura.

ALBERTINA.- Lo dices como si te pesaran.

JUAN.- Los cuento, simplemente.

ALBERTINA.- Juan: estoy dispuesta a olvidarlo todo si me das tu palabra de que no había ninguna mujer contigo cuando te telefoneé.

JUAN.- (Conciliador.) Pues claro que no, Albertina.

ALBERTINA.- ¿Debo creerte?

JUAN.- ¿Te he mentado alguna vez?

(Se oye dentro un ruido estrepitoso, como si alguien hubiese echado a rodar un mueble. Sorpresa general.)

ALBERTINA.- ¿Qué es eso? (Le hace la pregunta con visible frialdad, con cierta lejanía, como si supiese a qué atenerse y en el fondo no le sorprendiera ni casi le importase.)

JUAN.- No sé...

ALBERTINA.- Déjame ver. (Hace ademán de ir hacia la puerta.)

JUAN.- (Se lo impide colocándose delante.) No.

ALBERTINA.- Me acuerdo de un sketch de «La viudita revoltosa». La situación era muy parecida. A ti te entusiasma el teatro viejo.

JUAN.- No creo que exista relación ninguna entre las dos.

ALBERTINA.- ¿Quién hacía lo que podríamos llamar tu papel? ¿Gomis?

JUAN.- Tú sabrás.

ALBERTINA.- Desde luego, quien hacía el mío era Dora Lujanes, que, por cierto, daba un empujón al tal Gomis, entraba en su cuarto y sacaba de los pelos a una chiquita a medio vestir.

JUAN.- Hay mucha diferencia entre mi casa y la escena del teatro

Imperio.

ALBERTINA.- Son una farsa las dos.

JUAN.- ¡Albertina!

ALBERTINA.- (Resuelta a romper la guardia.) ¡Se acabó!

(Se la ve dispuesta a luchar con JUAN si es preciso, pero LILY, que se presenta súbitamente en la puerta, hace inútil la contienda. LILY se ha puesto un pijama, a ojos vistas de JUAN, que no le sienta mal del todo.)

JUAN.- (Absorto.) ¿Qué hace con mi pijama? (LILY no responde.)

RAMÓN.- (Por el foro.) Ya está el coche.

(Mutis sin esperar órdenes.)

ALBERTINA.- Vaya, con coche a la puerta... Buen principio de carrera.

JUAN.- Repito que qué hace con mi pijama.

LILY.- Antes me dirás tú qué haces con esta mujer.

JUAN.- ¿Cómo?

LILY.- ¡No me juraste que todo había terminado entre vosotros!

JUAN.- ¡Lily!

LILY.- En esto han quedado tus protestas de fidelidad, tus declaraciones de amor, tus besos apasionados...

JUAN.- ¡Quítese ese pijama y márchese! ¡No quiero volver a verla mientras viva!

LILY.- Y de usted... ¿Por qué me tratas de usted?

JUAN.- ¡Fuera! ¡Antes de que le salte al cuello! ¡Fuera!

(LILY es expulsada violentamente por la puerta en que apareció.)

ALBERTINA.- (Conminatoriamente.) ¡Juan!

JUAN.- ¡Es una actriz! ¿No se lo has notado?

ALBERTINA.- ¿Me prometes que es la última vez que pisa esta casa?

JUAN.- Eso dalo por seguro. Pero tú vete también, te lo suplico.

Necesito estar solo.

ALBERTINA.- ¿Qué vas a hacer?

JUAN.- No lo sé. Tengo que pensarlo. Tal vez pegar sellos, tal vez fumar regaliz, tal vez vestirme de frac, tal vez tatuarme, tal vez cantar la Marsellesa... No lo sé... Pero solo, ¿me oyes bien? ¡Solo!

TELÓN

Acto II

Ha pasado una hora. La escena está a oscuras. Desde antes de levantarse el telón se oye el teléfono, que seguirá sonando hasta un momento antes de agotarse la paciencia del espectador. JUAN saldrá entonces de la puerta lateral derecha, de mal talante, vestido de bata y pijama.

JUAN.- (Refunfuña.) Para una vez que uno se olvida de conmutar el teléfono... (Y, a tientas casi, se dirige a él y da un manotazo en la clavija. El teléfono deja de sonar en el despacho, sí bien se oye muy lejanamente. JUAN va a hacer mutis por la lateral de su entrada, pero tropieza con uno cualquiera de los muebles. «Maldita sea», le oyen decir los espectadores de las primeras filas. Cojeando se dirige al interruptor de la luz, que enciende, se quita la zapatilla y se da masaje al dedo del pie en el que sufrió el percance. No es grave, pero parece haberle producido una leve heridita, para la cual busca remedio en uno de los cajones de su mesa de trabajo, de donde saca un pequeño carrito de esparadrapo y unas tijeras con las que lo recorta antes de aplicárselo. Entregado a esa tarea mira el reloj.) ¡Las cinco y media! (Gruñe malhumorado.) ¡Qué juerguecita! (Y he aquí que, para agravar más la situación, alguien llama tenuemente con los nudillos en la puerta del foro.) ¿Quién es?

ENCARNA.- Soy Encarna, señor.

JUAN.- Entre. ¿Qué tripa se le ha roto?

ENCARNA.- (Viste como en el acto anterior.) Le llama por teléfono la señorita Lily.

JUAN.- Contéstele que estas no son horas para llamar a un cristiano y que no quiero acordarme de que existe.

ENCARNA.- Yo tanto no le he dicho, pero sí que el señor estaba descansando. Ella ha insistido en que era muy urgente y que se trataba de algo que interesaba al señor y no a ella.

JUAN.- Al demonio, ¿se entera usted? ¡Al demonio!

ENCARNA.- Bueno, bueno...

(Y hace mutis.)

(JUAN prosigue su cura. Una vez terminada ésta se dispone a volver a

su alcoba, cuando ENCARNA, que le llama de nuevo, se lo impide.)

JUAN.- ¿Qué hay?

ENCARNA.- (Reaparece.) Señor, que por Dios, que es algo de mucha importancia y que si no la atiende se arrepentirá.

JUAN.- ¡Conforme! (La despide airadamente. Mueve la clavija y descuelga el teléfono.) ¿Qué pretende usted? ¿No le parece que ya incordió lo bastante para una noche? ¿O quiere que le envíe el pijama de recuerdo con una cinta de seda?

LILY.- No es por mí, sino por usted, por quien necesito que me reciba en el acto:

JUAN.- ¿Dónde está usted?

LILY.- En una farmacia junto a su casa, que es el único sitio que he encontrado.

JUAN.- Pues dígame lo que sea por teléfono.

LILY.- No puedo... (Baja la voz.) Tengo al farmacéutico al lado.

JUAN.- ¿De qué se trata?

LILY.- De algo en relación con su hijo.

JUAN.- ¿No me miente?

LILY.- Le juro que le digo la verdad.

JUAN.- ¿Qué es lo que quiere?

LILY.- Verle a usted. Cuestión de cruzar la calle y, en dos minutos, le explico lo que pasa.

JUAN.- ¿Y no puede esperar a mañana?

LILY.- ¡No! ¡No! Y no se resista, que estamos perdiendo un tiempo precioso.

JUAN.- Bien. Se ha salido con la suya; prevalida de mi amor de padre. Eso sí, debo advertirle que si todo esto es un nuevo infundio, olvidándome de su sexo, le diré cosas capaces de ruborizar a un tramoyista. ¡Y venga de una vez!

LILY.- Déjeme abierta la puerta para que nadie me vea entrar.

JUAN.- ¿Eso más? ¿Y por qué?

LILY.- Hágame caso. Es mucho mejor. No encienda las luces del vestíbulo ni de la escalera. Sé perfectamente dónde está su

despacho.

JUAN.- (Colérico.) ¡De acuerdo!

LILY.- (Leve.) Llego en un suspiro... (Y cuelga.)

JUAN.- ¡Qué delicada!... En un suspiro... (Hace mutis para abrir la puerta y regresa lo más pronto posible.) Esta criatura es de abrigo... ¿Y me habrá hablado de verdad desde la farmacia? (Busca en su listín asaltado de una súbita idea y marca un número.) ¿Es la farmacia? Don Roberto: Soy Garona.

ROBERTO.- Ah, ¿qué hay, amigo?

JUAN.- Óigame, por curiosidad, ¿ha entrado ahí ahora mismo una muchacha pidiendo que la dejase telefonar?

ROBERTO.- ¿Una con un impermeable y una capota?

JUAN.- Sí, la misma.

ROBERTO.- ¿Quiere que la avise? Aún puedo alcanzarla.

JUAN.- No, no se moleste. Era sólo para saberlo.

ROBERTO.- Tiene usted mucha suerte...

JUAN.- ¿Por qué?

ROBERTO.- Es guapísima.

JUAN.- Vamos, vamos... Menos bromas. Y que la guardia le sea leve, don Roberto. (Cuelga. Se acerca a la ventana y entreabre los visillos.) Amaneciendo... Seré desdichado... (Transición.)

Mírala... Ahí está... Cómo cruza la calle. ¡No corras, que si resbalas te matas! ¡Despacito! (Alarmado.) ¡Ese coche! (Respira.)
Pues hazte cuenta de que has nacido hoy, guapa... ¡Qué espanto!
Bien, ya está aquí.

(Se separa de la ventana. La espera. Se oyen leves pasos. Al fin, unos nudillos golpean la puerta y ésta se abre. LILY, de nuevo con su impermeable y su capucha está en escena.)

JUAN.- ¿Usted circula siempre con la misma inconsciencia por las calles de Madrid?

LILY.- ¿Por qué lo dice?

JUAN.- No la han atropellado de pura casualidad.

LILY.- (Halagada.) ¿Me vio?

JUAN.- Claro que sí...

LILY.- Es que venía muy deprisa para que no esperase.

JUAN.- ¿Qué es lo que sucede? (LILY se dispone a explicárselo, pero se encuentra, visiblemente, tan nerviosa y desasosegada por las prisas y la lluvia, que a JUAN le da pena. Un pequeño estremecimiento de LILY activa su solicitud, casi su compasión.)

Pero póngase cómoda. ¿Tiene frío? ¿Antes se mojó mucho?

LILY.- Sí.

JUAN.- Quítese el impermeable.

LILY.- No, si no me hace falta... (Sin embargo, se lo deja quitar un poco mimosamente.)

JUAN.- Ya me explicará usted el bonito número del pijama.

LILY.- Sí..., pero ahora le suplico que no me riña. (JUAN se marcha por la derecha. LILY, alarmada.) ¿Dónde se va? (JUAN regresa enseguida con una botella de coñac y una copa.)

JUAN.- Bébase una copa de coñac.

LILY.- No...

JUAN.- Como medicina. (LILY bebe sin gran entusiasmo, pero disciplinadamente, la copa que le tiende JUAN. Se nota que le quema un poquito el esófago, pero también que le conforta.) ¿Qué? ¿Sienta bien?

LILY.- (Con un deje infantil.) Guta nena.

JUAN.- ¿Qué?

LILY.- Es lo que yo decía cuando tenía cuatro o cinco años y me daban alguna cosa rica. «Guta nena».

JUAN.- Lo celebro, Lily. Y hable de una vez, si es que ha llegado el momento.

LILY.- A usted le espantan las consecuencias de lo de su hijo y la profesora.

JUAN.- Naturalmente.

LILY.- Bueno. Pues o mucho me equivoco o no tendrá que temer nada.

JUAN.- ¿Por qué?

LILY.- Juanelo no sé si es el primer hombre de Nati y sospecho que no. Pero lo que no tiene vuelta de hoja es que no es el único.

JUAN.- ¿Quiénes el otro?

LILY.- ¿No lo adivina?

JUAN.- ¿Tan cerca de mí está?

LILY.- Más, imposible.

JUAN.- ¿A quién se refiere? Dígalo de una vez.

LILY.- A Ramón, el mecánico.

JUAN.- ¿Se lo confesó él?

LILY.- Yo lo he adivinado.

JUAN.- A ver, a ver...

LILY.- Cuando íbamos en el coche me preguntó si sabía lo que había sucedido.

JUAN.- Y usted se lo contó.

LILY.- Pues sí. Me había ido bastante cabreadita y con ganas de chingar un poco.

JUAN.- Bien. ¿Y qué?

LILY.- Entonces, él se rió satisfechísimo y repitió muchas veces: «Hay que ver con el chaval... ¡Qué pronto ha tomado la alternativa! Es un chaval muy majo». Porque ustedes los hombres, en esos casos, se felicitan, como si les hubiese tocado el premio gordo.

JUAN.- Lily, déjese de comentarios. ¿Le habló usted de Nati?

LILY.- No, él me preguntó con quién había cogido a Juanelo y yo tenía en la punta de la lengua el nombre de esa niña, que, por cierto, me ha caído fatal, cuando, de pronto, un presentimiento, me lo callé, y dije que no lo sabía.

JUAN.- Presentimiento... ¿De qué?

LILY.- (Largo silencio. Habla pausadamente.) De que pudiese sentarle mal. Jeje... No me falla. (Señala el corazón.) Le hubiese sentado como un tiro.

JUAN.- Pero, ¿por qué?

LILY.- Porque Ramón se entiende con Nati. (JUAN frunce el ceño.)

Figúrese que el coche se volvió a averiar, por fortuna, al lado de la estación de gasolina de las Rondas, que si no, con la que caía, habría sido espantoso. Ramón, que gruñe tres o cuatro palabrotas de las gruesas entre dientes, que se baja del coche, que abre la capota, que habla con el de la manguera, que si el chicle o no sé qué, que vuelve al coche, que se quita la chaqueta y la deja sobre el asiento, que se le cae la cartera sin que se dé cuenta, que yo se la recojo y que veo con estos ojos que se ha de comer la tierra una fotografía de la Nati con una dedicatoria que decía: «A mi pichón, de su palomita». ¿Eh? ¿Qué le parece a usted? Yo, que vuelvo a meter la fotografía en la cartera, la cartera en su sitio y me acurruco en mi asiento esperando a que repare el motor. Ramón que vuelve, una vez arreglado lo del chicle, y yo que me voy a casa de Marga a explicar lo que había pasado y a pedirle consejo. Y Marga que me dice: Tú debes irte ahora mismo a ver a don Juan y a contárselo, ya verás como te da un abrazo que te deja temblando.

JUAN.- Ay, sí, Lily, ya lo creo. ¡Qué peso me quita de encima!
(Y, en efecto, de una manera espontánea, pero como si cumpliera la predicción de Marga, abraza a LILY. Es un abrazo amistoso que a LILY, sin embargo, le hace entornar los ojos llena de delicia. Después, se produce un difícil silencio. En el diálogo, por encima de las primeras frases, flota un algo que las turba y empaña.)

LILY.- (Tenuemente, con timidez, como avergonzada.) Yo, de todas maneras, hubiese esperado hasta mañana para informarle, si no fuese por un comentario de Ramón.

JUAN.- ¿Cuál?

LILY.- Yo le había dado, primero, las señas de mi casa, pero, después de ver la foto, le pedí que me llevase a la de Marga. Él, entonces; me guiñó un ojo y me preguntó: «¿Algún amorcito?». Yo le contesté: «¿Es que usted no lo tiene?». Así, poniéndole cebos. ¿Y sabe lo que me respondió?: «Ya se va acercando la hora de que lo vea...». «Mañana, ¿no?» Y él, sin inmutarse: «Bah, quién sabe...». Total, que él está ahora con Nati, me juego mil duros, y que usted debe cazarlos juntos, y si Nati intenta colocarle la historia de que va a ser madre, mejor dicho, de que Juanelo va a ser padre, tendrá que llamar al médico de la risa que le dará...

JUAN.- (Silbando las palabras.) Es usted muy lista, Lily, listísima. Es muy posible, en efecto, que a Ramón le haya llegado la hora del amor y que esté con Nati. Y aquí de lo que se trata es de sorprenderlos.

LILY.- Naturalmente.

JUAN.- (Se queda un instante pensativo.) Vamos a ver. ¿Dónde? No hay más que dos sitios, o el cuarto de él o el de Nati, que caen, por cierto, a bastante distancia el uno del otro. Yo, puedo llamar por el telefonillo a cualquiera de los dos. ¿En cuál cree que tendrán su nido?

LILY.- En el de ella, pienso yo.

JUAN.- Nati fue al de Juanelo.

LILY.- Pero porque habría sido peligroso citarle en el suyo.

JUAN.- Luego, lo probable es que Ramón esté en el de Nati y que, por tanto, si llamo no me conteste.

LILY.- Claro...

JUAN.- Una vez comprobado lo cual, me lanzaré en tromba al cuarto de Nati y los cogeré in fraganti. Ante este brillante resultado, supongo yo que Nati abandonará su vieja idea de hacerme abuelo y traspasará dicho honor al padre de mi mecánico, que es, por cierto, patrón de un pesquero de Castro Urdiales. ¿Conforme?

LILY.- Conforme.

JUAN.- Lo que le ruego es que no se mueva.

LILY.- ¿Para qué me necesita?

JUAN.- (La mira un tanto enigmáticamente.) De momento, como espectadora.

LILY.- ¿Es qué yo...? (Le pregunta, con el ademán, si es que va a obligarla a asistir a la escena que se presiente.)

JUAN.- No, no... Usted aguarde aquí. Las pruebas se pasan en las clases, pero los diplomas se entregan en el Paraninfo. (A saber el

despacho. JUAN va a llamar al telefonillo.)

LILY.- Un momento, ¿y si le contesta su mecánico?

JUAN.- Entonces yo, a velocidad supersónica, caeré en picado sobre su habitación. Así, pues... Manos a la obra. (Se cerciora de que no incurre en errores que podrían ser funestos.) Número cinco.

Adelante. (Pulsa el telefonillo con la misma solemnidad que si inaugurase una central eléctrica.) Silencio. (Pequeñísima pausa.)

¡Segunda llamada! La cámara nupcial debe de estar en la habitación de Nati. (Se dispone a marcharse.) Deséeme buena suer... (Se interrumpe. RAMÓN contesta al otro lado del telefonillo. JUAN refleja en su rostro la sorpresa que le produce escucharlo.) ¿Quién es? ¡Ah, Ramón! Perdóneme: me he confundido. Quería hablar con mi hijo. (Cuelga.) Buena suerte, deséeme buena suerte.

LILY.- ¡Buena suerte!

(JUAN hace un mutis heroico como el de un hombre rana que partiese para colocar una mina en la quilla de un portaaviones. LILY le acompaña, solidariamente, con la mirada. Apenas se fue, cierra la puerta y marca el teléfono de la calle.)

LILY.- Marga...

MARGA.- ¿Dónde estás?

LILY.- En su casa otra vez.

MARGA.- ¡Ajá! Eso ha mejorado muchísimo.

LILY.- Así que llámala inmediatamente. Te repito el número del teléfono: dos setenta y uno, sesenta y cuatro, cincuenta.

MARGA.- Dame noticias.

LILY.- Sí, sí... Ah; si mi tía Paula se alarma al ver que no llego, tranquilízala diciendo que me he quedado a ensayar.

MARGA.- No te preocupes.

LILY.- Adiós.

(Y cuelga. Inmediatamente abre la puerta. Se oye a JUAN -no cabe duda que es él- aporreando otra no muy distante.)

JUAN.- ¡Abra Ramón! ¡Le ordeno que abra en el acto!

(Ruido de una puerta que se viene abajo. A LILY le acomete un flujo de risa. Transcurren unos segundos. JUAN regresa muy pronto con un aire victorioso. El portaaviones, según los síntomas, ha volado por los aires.)

LILY.- ¿Qué?

JUAN.- Todo salió a pedir de boca.

LILY.- ¿Sí?

JUAN.- Cerrados con catorce llaves. Me dejé caer sobre la puerta y... hale, adentro.

LILY.- ¿Qué dijo ella?

JUAN.- Ni una palabra. Metió la cabeza debajo de la almohada, sin atreverse a abrir la boca. ¡Inolvidable! (Con voz estentórea, mientras mira a LILY dándole a entender cuánto hay de convencional en su irritación.) ¡Ramón! ¡Le estoy esperando! (Y cierra la puerta.)

LILY.- ¿Cómo reaccionará?

JUAN.- Lo veremos enseguida. (Se acerca a la puerta.) Ya sube. ¡Qué escena se ha perdido, Lily!

LILY.- No me da ninguna pena no haberla visto. (Transición.) Ahí llega. (Se sienta, con aire de juez, en la mesa.)

(Pero quien aparece no es RAMÓN, sino, contra todas las previsiones, JUANELO.)

JUAN.- ¿De dónde sales?

JUANELO.- (Con curiosidad, pero al mismo tiempo con un temor inconcreto.) ¿Qué es lo que sucede?

JUAN.- Nada que te interese.

JUANELO.- Te he oído gritar.

JUAN.- Vete a tu cuarto. Tal vez, después, tenga algo que contarte. Ahora, obedece.

(Y le incita a retirarse por la puerta del foro en la que se cruza con RAMÓN. Los dos se miran de extraña manera. RAMÓN, viste, una bata sobre el pantalón del uniforme. Trae el aire contrito. Al ver a LILY abre los ojos desconcertado, ajeno a la razón de su presencia pero sin que se le pase por la imaginación atribuirle culpa alguna en el episodio, harto desagradable, que acaba de vivir.)

JUAN.- Muy bien, Ramón, muy bien... Siéntese...

RAMÓN.- De ninguna manera, señor.

JUAN.- ¡Siéntese! (RAMÓN se sienta.) ¿Así es cómo corresponde usted al trato que le he dado?

RAMÓN.- Mire usted, señor...

JUAN.- Cállese, se lo suplico. ¿Usted mide la gravedad de lo sucedido? Quince años lleva usted en mi casa, Ramón, quince años...

RAMÓN.- Sé que me porté mal, lo confieso, pero estoy dispuesto a remediar el daño que hice.

JUAN.- ¿De qué manera?

RAMÓN.- Casándome.

JUAN.- (Oculto difícilmente la satisfacción que le produce esta noticia.) Ya.

RAMÓN.- Y, desde luego, busque quien me sustituya, porque yo reconozco que le he faltado al respeto y me considero despedido.

JUAN.- ¡Alto! (Magnánimo.) De eso trataremos en otro lugar. Es evidente que usted cometió una acción censurable, pero también lo es que se dispone a repararla. Y eso significa mucho. Sería injusto que

yo le pusiera en la puerta de la calle. No. Aquí la única persona que debe irse es su novia. Supongo que mañana mismo tomará el primer tren y no volverá hasta el día de la boda.

RAMÓN- Ni eso siquiera. Pensamos casarnos en Jaén.

JUAN.- Luego, lo de la boda ya lo tenían proyectado.

RAMÓN- Sí, claro.

JUAN.- Y tal vez fijada la fecha...

RAMÓN- Por mí, dentro de dos semanas mejor que de tres.

JUAN.- (Escrutadoramente.) ¿A qué tanta prisa, hombre?

RAMÓN- Y quizá no sea muy oportuno el momento de pedírselo, pero yo le agradecería que fuese nuestro padrino de boda.

JUAN.- Lo que yo haré es ser testigo, para lo que ya llevo adelantado mucho con haberlo sido de la noche de hoy.

RAMÓN- Como quiera el señor.

JUAN.- Por cierto, ¿me dijo que se casan en Jaén?

RAMÓN- Sí, es un capricho de ella.

JUAN.- (Renunciando a adivinar el porqué.) Las mujeres, Ramón...

RAMÓN- ¿Que le voy a contar al señor? Las conoce como nadie.

JUAN.- Ojo, que usted no es manco, amigo, y que ha traído al retortero a toda la chavalería del distrito.

RAMÓN- Eso no es ningún mérito. Se sabe el sueldo que paga el señor, le ven a uno bien trajeado, y como uno, a fin de cuentas, tampoco es un retaco...

JUAN.- ¡Un tenorio, Lily! Eso es el amigo Ramón. (LILY asiente sin palabras, con una ancha sonrisa.)

RAMÓN- ¡Bromas del señor!

JUAN.- Pero el amor acaba con los tenorios, y usted encontró, por fin, en Nati la horma de su zapato.

RAMÓN- (Se ensombrece de pronto.) No me miente a la Nati, se lo suplico.

JUAN.- (Sigue, sin hacerle caso, en el mismo tono acusatorio, como si jugase al fiscal. Un fiscal, salta a la vista, comprensivo, sin hiel.) ¿Qué es eso de que no se la miente? Ya se encargará ella de atarle corto, en el futuro, para que no se desmande.

RAMÓN- ¿Esa? ¿Esa?

(JUAN y LILY se miran extrañadísimos de la reacción de RAMÓN.)

JUAN.- Pues, ¿quién si no?

(Por el foro entra MATILDE; viste un traje oscuro muy sencillo.)

MATILDE.- Perdóneme el señor...

JUAN.- ¿Qué le pasa a usted?

MATILDE.- No quisiera que, por mi culpa, juzgase usted mal a mi Ramón.

JUAN.- ¿Yo?

MATILDE.- Sí. La verdad es que, en todo esto, tanta culpa he tenido

yo como él. Y, posiblemente, yo más que mi Ramón.

JUAN.- Culpa, ¿de qué?

MATILDE.- Y buena prueba es que yo estaba en su cuarto y no en el mío. Yo fui siempre la que le busqué, porque me tiene loca y no me importa confesarlo... Lo hubiese confesado siempre, y ahora, pues más fácilmente, porque ya sabe el señor que nos casamos el mes que viene y yo me marcho mañana mismo a Jaén con mis padres, si el señor no dice otra cosa... Y que cuando el señor tiró la puerta, pues no creí que fuera el momento de darle la noticia, porque me entró una especie de sofocación y bastante hice con taparme la cara, pero después he pensado que tampoco era justo que usted le echase la bronca sin que yo saliese a defenderle... y por eso...

JUAN.- (La ataja.) Basta. Se casan, ¿no?

RAMÓN.- Ya se lo dije, señor.

JUAN.- Magnífico. En Jaén.

MATILDE.- Sí.

RAMÓN.- El señor será testigo de la boda.

MATILDE.- ¡Qué alegría se llevarán mis padres!

JUAN.- Les felicito, Matilde. Y tranquilícese. Yo soy un hombre comprensivo y, por mí, los dos están disculpados.

MATILDE.- Dios se lo pague.

JUAN.- Buenas noches, Matilde.

MATILDE.- Buenas noches.

RAMÓN.- ¿He de volver a llevar a la señorita? (Hace ademán de irse con MATILDE.)

JUAN.- Aguarde un momento, Ramón.

MATILDE.- (Un poco desconcertada.) Que descanse el señor.

JUAN.- (Apenas ha hecho mutis MATILDE, JUAN se apoya en la puerta que cerró previamente.) Ahora mismo, tenorio de lance, conquistador de vía estrecha, Casanova de guardarropía, me explicará por qué demonios coronados lleva en la cartera un retrato de Nati.

MATILDE.- ¿Cómo lo sabe?

LILY.- ¡Yo se la he visto! ¡Se le cayó a usted en el coche!

JUAN.- Y yo he estado creyendo, como un imbécil, que con quien se iba a casar usted era con Nati y no con Matilde.

RAMÓN.- ¿Yo con Nati? Antes muerto.

JUAN.- Pues cuando se lleva el retrato de una mujer en la cartera, lo natural es que sea de la novia o de la amiga. Antes muerto... Y entonces, ¿qué significa eso de «a mi pichón, de su palomita»?

RAMÓN.- Agua pasada.

JUAN.- Luego, ¿algo hubo?

RAMÓN.- No me tire de la lengua, señor.

JUAN.- ¿Cómo que no le tire? Hasta extraérsela.

RAMÓN.- Yo soy un caballero.

JUAN.- De acuerdo. Pero me dice lo que hubo entre Nati y usted si no quiere ser la esquila de un caballero.

RAMÓN.- Pues entre Nati y yo hubo... lo que suele haber entre hombre y mujer cuando la mujer es ligerita de cascos y el hombre, que es lo que me pasa a mí, impetuoso.

JUAN.- ¡Ajá! ¿Y por qué concluyó?

RAMÓN- Porque me di cuenta de que quería enredarme, meterme en la trampa, pasarme mercancía... de contrabando. (Simula, con la mayor delicadeza posible, una línea curva sobre su barriga de mecánico.)

JUAN.- Ya. (Gravemente.) ¿Y por qué supo qué era de contrabando y no suya?

RAMÓN- Olfato, señor.

JUAN.- (Con visible amargura.) ¿Llegó a enterarse de quién era el dueño... de esa mercancía?

RAMÓN- Claro que sí.

JUAN.- (Abrumado.) ¿No tiene duda ninguna?

RAMÓN- Eso está claro como la luz del sol.

JUAN.- ¿Y se percata del conflicto?

RAMÓN- De órdago, es evidente, pero ahí me las den todas.

JUAN.- Usted es un monstruo de egoísmo y de frialdad, un producto típico del siglo: el hombre deshumanizado por el motor de explosión.

RAMÓN- Perdóneme, señor, pero si por cada niño que nazca fuera de la junta de culata tuviéramos que preocuparnos, no ganaríamos para disgustos.

JUAN.- Hace daño físico oírle. Usted tiene cuarenta años y aún no es padre; ¿qué le parecería haberlo sido a los diecisiete?

RAMÓN- Es un tema de meditación muy interesante, pero no sé por qué el señor me lo propone.

JUAN.- Porque ésa es la edad del padre del niño que espera la Nati.

RAMÓN- El señor bromea... Joven, sí, pero no tanto.

JUAN.- ¡Dieciocho cumple el día de Santo Tomás!

RAMÓN- Yo, a don Agustín, le calculo uno menos que al señor.

JUAN.- ¿A qué don Agustín?

RAMÓN- ¿A quién va a ser? A don Agustín Núñez, el marido de la señorita Albertina.

JUAN.- ¿Y qué pinta aquí don Agustín?

RAMÓN- Ay, ay, ay..., que me vuelvo loco. ¿No hablamos del padre del hijo de la Nati?

JUAN.- Del mismo.

RAMÓN- Pues es don Agustín.

JUAN.- ¿Nuestro don Agustín?

RAMÓN- Sí, claro. El de casa.

JUAN.- (Atónito, deslumbrado.) ¿Está usted seguro?

RAMÓN- Me dejo cortar la mano.

JUAN.- (Lo abraza.) Ramón, me da usted la alegría de la temporada. Si usted es capaz de demostrármelo, le doblo el sueldo, le compro un piso y celebramos un bodoncio en Jaén que va a temblar la provincia.

JUANELO.- (Súbitamente por el foro.) ¡Está mintiendo! (JUANELO habla con una enorme vehemencia, acusando un dolor muy hondo que ha renunciado a dominar.)

RAMÓN- (Con firmeza, pero con ternura, intuyendo -¡oh, su olfato.- que algo grave le sucede.) Ésa es la verdad, Monaguillo.

JUANELO.- ¡No e llames Monaguillo!

RAMÓN- Dispéñeme...

JUAN.- (Elevándole a la mayoría de edad. Como si le condecorase.

Sobriamente.) Llámeme señorito Juan. Ya no es un niño.

RAMÓN- El señor sabe que no miento.

JUAN.- De hombre a hombre, Ramón, le ruego que diga usted lo que sepa de don Agustín y de Nati.

RAMÓN- Que se entienden...

JUANELO.- (Casi histéricamente.) ¡No es verdad, no es verdad!

JUAN.- Calla, Juanelo. ¿Desde cuándo?

RAMÓN- Eso debió de empezar hace muchos meses. Cuando me llegó el turno, yo no tenía la menor idea de quién me daba la vez. Bueno, en realidad no es que me la diese, porque mi predecesor no se ha movido de su sitio. Lo que pasa es que a mí me habían elegido de primo para que fuese padre. ¿Comprende el señor? Pero me lo calé enseguida... El olfato, que es de primera, y me hice a un lado.

JUAN.- Aparte del olfato, Ramón, ¿tiene usted algún otro sentido que traer a declarar?

RAMÓN- La vista... y el oído...

JUAN.- Ajá.

RAMÓN- El oído... aquí. Vaya, en el jardín. Mientras dice que espera al señor.

JUAN.- Los hay muy desahogados.

RAMÓN- Y la vista... Goya, ciento treinta y dos, segundo piso, letra B.

JUAN.- ¿Lo comprobó?

RAMÓN- Les he visto llegar, y un compañero mío, que vive enfrente, me completó los datos que me faltaban.

JUAN.- Así, pues... (Va a continuar, pero JUANELO, la cabeza apoyada en sus manos, rompe a sollozar. JUAN se dirige a él.)

JUANELO.- (Furioso, avergonzado, en carne viva.) ¡Déjame!

JUAN.- Hijo mío... (Se acerca, lleno de humana piedad, hacia aquel ser que sufre su primer desengaño.) ¿Te duele? Créeme que lo siento... Pero estas lágrimas, en el fondo, te harán bien; te darán experiencia, te fortalecerán. ¿Era tu primer amor?

JUANELO.- ¿Qué te importa?

(Y hace mutis por el foro.)

JUAN.- ¡Juanelo!

LILY.- Búsquele: le necesita.

(JUAN, en efecto, se marcha tras JUANELO.)

RAMÓN- ¿Fue con la Nati con quien le encontraron?

LILY.- Sí.

RAMÓN- Usted me dijo que había sido con una frescales.

LILY.- ¿Y es que la Nati no lo es?

RAMÓN- (Rumia su contestación.) Ah, sí, eso sí..., de campeonato...

(Y pensando en lo que es la NATI, hace mutis por el foro.)

LILY.- (Marca un número de teléfono.) Marga, ¿qué pasa?
¿Avisaste?

MARGA.- Hace un cuarto de hora.

LILY.- Pues por aquí no ha aparecido y no me queda otro remedio que marcharme.

MARGA.- No te preocupes, esa va, seguro. Inventa algo, aguanta. Es cuestión de minutos.

LILY.- Bien, bien..., adiós. (Y cuelga. Casi instantáneamente regresa JUAN por el foro.) ¿Y Juanelo?

JUAN.- Pobre...

LILY.- ¿Qué? ¿No reaccionó?

JUAN.- Ya reaccionará. Mañana o pasado, si se le escapan algunas lagrimitas..., serán de rabia nada más.

LILY.- Entristecía verle llorar...

JUAN.- A mí se me desgarraba el corazón. Era, sí, su primer amor. Pero tanto como el amor, le iniciará en la vida el desengaño. ¿No le parece?

LILY.- (Con suficiencia.) ¿Qué me va a contar?

JUAN.- Tiene razón. Lily Pérez: profesora en desengaños... ¿No podría ser ésa su tarjeta de visita?

LILY.- Quizá.

JUAN.- JUAN, En fin..., le estoy agradecido. Sin usted, no sé cómo hubiéramos acabado.

LILY.- ¡Bah...! No me costó ningún esfuerzo. Por supuesto que, aun costándome, lo habría hecho lo mismo, porque yo le deseo lo mejor del mundo.

JUAN.- Gracias, Lily, gracias..., y llegó el momento de que demos por concluida la jornada. Si me lo permite, yo mismo la llevaré a su casa...

(Y hace mutis por la derecha, para vestirse de calle.)

LILY.- No, no, por Dios... De ningún modo. Avisaré un taxi.

JUAN.- (Desde dentro.) No lo encontrará.

LILY.- Sí, sí... (Finge marcar el número.) Oiga... ¿Taxis? Uno al cinco de la calle del Bierzo. Éste es el teléfono doscientos setenta y seis, cuarenta y cinco, cuarenta y cuatro. ¿En seguida? ¡Gracias! (Cuelga.)

JUAN.- (Ha tenido tiempo de cambiarse, tan sólo, el pantalón del pijama por el del traje.) ¿Y por qué llama usted? Si para mí es un placer llevarla. ¿O no le inspiro confianza como conductor?

LILY.- Sí, sí..., pero no me gusta que se moleste.

(Mutis de nuevo.)

JUAN.- Ande, no sea niña, Corre mucho peligro andando sola por Madrid una muchacha tan atractiva como usted.
LILY.- (Se esponja.) ¿De verdad me considera atractiva?
JUAN.- ¿Y necesita que se lo diga?
LILY.- Tampoco me sobra, se lo aseguro.
JUAN.- Tiene usted un adorable complejo de inferioridad.
LILY.- ¿Adorable? (Mira entre tanto, por la ventana, a la espera de alguien que no llega.)
JUAN.- Sí, pero complejo.
LILY.- ¿Es que me faltan motivos? La vida no me ha dado más que golpes...
JUAN.- (Reaparece con la primera chaqueta de la serie.) Es muy pronto para hacer el saldo. Le quedan muchos años por delante... Lily, cuando guste...
LILY.- Pero ¿y el taxi?
JUAN.- Le diremos al sereno que lo despida. Ah, caramba, se me olvidaban los cigarrillos.

(Y otra vez se marcha por la derecha a recogerlos. LILY comprende que todo está perdido si no toma una decisión. Y la toma. Vale decir que se finge súbitamente aquejada de un repentino malestar. Primero se quita color con el pañuelo, tanto de las mejillas como de los labios. Después derriba una silla y se tumba cuan larga es sobre la moqueta. JUAN, al reaparecer, se lleva el susto consiguiente.)

JUAN.- ¡Lily! ¡Lily! ¿Que le pasa? (Le da unas palmaditas en la cara para ayudarla a volver en sí, sin éxito, se levanta y se va al telefonillo interior pensando en servirse de él para pedir auxilio, pero se detiene, desanimado.) ¿Y a quién llamo yo esta noche con alguna probabilidad de encontrarle en su cama? (Por fortuna, LILY se rebulle un poco y JUAN se acerca de nuevo a ella.) ¿Qué es eso, Lily?

LILY.- Un mareo..., no se preocupe.
JUAN.- ¿Es cosa de estómago, de cabeza, de corazón...?
LILY.- Quizá de corazón... Hacía mucho que no me daba...
JUAN.- Está palidísima. ¿Quiere que avise al médico?
LILY.- No, no..., es cuestión de nada... Déjeme así...
JUAN.- Beba otro sorbo de coñac... Es mano de santo... (Él mismo le acerca la copa. Cuando está bebiendo se oye un coche que se detiene en la puerta del hotel. JUAN la toma en los brazos para llevarla al sofá.) ¿Se siente mejor?
LILY.- (A la que el medio de transporte y el ruido del coche le producen efectos curativos curiosos.) Sí, sí..., muchísimo mejor.
JUAN.- Ahí está el taxi. Voy a despedirlo. Ahora sí que no le permito que se marche sola a su casa...
LILY.- Es usted muy bueno...
JUAN.- Le repetiré sus mismas palabras. Yo también le deseo a usted lo mejor del mundo.
LILY.- ¿De verdad?... (Se contiene.) Perdóneme... Iba a llamarle

Juan.

JUAN.- ¿Es que me llamo de otra manera?

LILY.- Don Juan... es como le llamamos siempre.

JUAN.- Deje ese hábito para los demás.

LILY.- Si llego a acostumbrarme, después, me costará quitármelo.

(En ese instante alguien golpea en la puerta de la calle.)

JUAN.- ¿Es el taxi?... (Se asoma, lleno de inocencia a la ventana. Grita.) ¡Ya no hace falta! Ahí van veinte duros, amigo, para que se tome una copa! (Y lanza a la calle unas monedas, mientras cierra la ventana.)

ALBERTINA.- (Desde la calle.) ¡Abre inmediatamente! (JUAN se asoma de nuevo y comprueba, espantado, su error.)

JUAN.- ¡Albertina! ¿De dónde sale esta loca? (LILY no contesta. Prefiere el silencio a la mentira.) Y ahora, ¿qué hago yo? (La idea de volver a pedir a LILY que se esconda le cruza por la imaginación, pero LILY se le anticipa negándose a representar de nuevo la escena a la que, por cierto, tan excelente provecho le sacó media hora antes.)

LILY.- ¡No!

JUAN.- Bien, bien... (Y con cierta preocupación se marcha por el foro. LILY queda, curiosa, a la escucha.)

ALBERTINA.- (Desde dentro.) ¡Me has vuelto a engañar?

JUAN.- ¿Yo? ¿Por qué?

ALBERTINA.- Tienes otra vez contigo a la de antes.

JUAN.- Ya te contaré. Es un poco difícil de explicar.

ALBERTINA.- Estoy harta de tus explicaciones. Mientes siempre.

JUAN.- Te aseguro que...

ALBERTINA.- Toma: Esto es lo que me importan a mí tus cosas.

JUAN.- ¡Albertina!

ALBERTINA.- ¡Se acabó! ¡Hemos terminado para siempre!

(Y da un portazo. LILY refleja en su rostro las vicisitudes del diálogo y aplaude alguna de sus frases. Para que JUAN no se entere de que lo ha seguido tan de cerca, apenas comprende que ha concluido, vuelve a colocarse en la actitud semidoliente que tenía en sus comienzos. JUAN reaparece con un aire en el que predomina, sobre la consternación, la curiosidad.)

JUAN.- (Para sí mismo.) ¿Pero qué le habrá llevado a plantarse aquí de nuevo?

ALBERTINA.- (Desde el jardín.) ¡Me pienso reír a carcajadas cuando vengas a llorarme! (JUAN comenta con un patético ademán la reacción de ALBERTINA.) ¡Y espero que esa golfa me vengará muy pronto! (LILY enrojece de ira y va a contestarle una atrocidad.

JUAN le tapa la boca. «Albertina -parece decirle- es una perturbada». «No hay que hacerle caso». LILY se resigna al silencio.

A ello le ayuda, entre otras cosas, el presumir que su victoria está ya cerca: De nuevo se oye el ruido de un coche que rápidamente se aleja. Se produce entonces una atmósfera de distensión, sobre la que flota, eso sí, la curiosidad de JUAN, empeñado en descubrir cuál es el motivo de la segunda visita de ALBERTINA.)

JUAN.- (Para sí.) Es evidente que las mujeres tienen un sexto sentido...

LILY.- Óigame: y cuando le dijo: toma... esto es lo que me importan tus cosas... o algo semejante...

JUAN.- ¡Ah! ¿Es que la oyó usted?

LILY.- Han debido de oírla en toda la calle... ¿Qué fue lo que hizo?

JUAN.- Quitarse una pulsera que le había regalado y tirarla al jardín.

LILY.- Mañana se forran los de la basura.

JUAN.- ¿Por qué?

LILY.- Los veinte duros del taxista, la pulsera de Albertina, mi collar...

JUAN.- Es cierto... Ya no me acordaba... (Vuelve a su leitmotiv.)

Pero ¿por qué demonios se habrá presentado aquí?

LILY.- (Se pone de pie, en una actitud de colegial contrito.)

Tengo que confesarle algo. (JUAN la mira interrogadoramente.) Yo hice que la avisaran.

JUAN.- ¿Tú?

LILY.- (Celebra, casi desfallecida, la llegada del primer tú a una amistad que estaba exigiéndolo.) Sí.

JUAN.- ¿Y para qué?

LILY.- Antes de contestarle, déjeme que le dé las gracias por haberme tratado de usted tanto tiempo. Eso demuestra que me tomaba en consideración y a mí me gusta mucho que me tomen en consideración. ¿No se lo dije? Y déjeme también que le dé las gracias porque, al fin, me llame de tú.

JUAN.- (Tocado, como dicen los esgrimidores, pero sin dar su brazo a torcer.) Preguntaba que por qué hiciste avisar a Albertina.

LILY.- ¿Tengo que explicárselo? Para ver si reñían de una vez.

JUAN.- ¿Y con qué objeto?

LILY.- (Con una simpática violencia.) Porque esa Albertina me cae gorda, porque es una cursi desorejada que está siempre en cantante de ópera y porque no comprendo qué gracia le ha encontrado usted.

JUAN.- (Aguanta esta rociada más risueño que enfadado.) Vaya, vaya con Lily...

LILY.- Tiene el alma de una beata de provincias y me supongo que le estará echando siempre en cara el haber caído en sus brazos, como hacen las niñeras de la Plaza Mayor con los soldados. (JUAN se ríe, dando a entender que no va muy descaminada en sus suposiciones.)

Una amiga no es eso, creo yo, ni sirve para eso. Una amiga ha de alegrar la vida, no aburrir con sus reproches, y armar broncas, ni exigir puntualidad como un jefe de estación al maquinista, ni fidelidad lo mismo que si fuese madre de cinco hijos... Una amiga,

vamos, eso es lo que yo pienso, no debe hacer dramas, sino comedias ligeras, ni ser temida, sino deseada. Se debe soñar con encontrarla y no llenarse de miedo ante la idea de que aparezca por la puerta. Si no, ¿en qué se diferencia de la mujer legítima? Para mí y para Marga, que también la conoce, esa señora es, y dispéñeme si se lo digo con toda franqueza, un petardo.

JUAN.- (Mansamente, divertido en el fondo.) Lily, Lily...

LILY.- ¿Y sabe cómo la llaman por ahí? La Guadaña.

JUAN.- ¡Caray! ¿Y por qué?

LILY.- Porque supongo que sabrá que es dos veces viuda.

JUAN.- Bueno, eso sí... Tuvo mala suerte.

LILY.- ¡Qué mala suerte ni qué bobadas! Hay quien jura que la segunda vez no fue, como se dijo, porque se le disparase la escopeta al marido, sino porque ella le ayudó haciéndose la distraída.

JUAN.- (Serio, al fin.) Lily: eso es una calumnia y yo no tolero que...

LILY.- Bien, bien... Yo tampoco la creo, pero el mote se lo ha ganado a pulso, y allá usted sí, por seguir junto a ella, desafía al destino.

JUAN.- Aquí, ¿qué es lo que sucede? Que estás deseando que yo termine con Albertina para reemplazarla, ¿no es eso?

LILY.- (Resueltamente.) Pues sí, y a mí no me duelen prendas. Esa sería la mayor alegría de mi vida.

JUAN.- ¿Y a qué conduce ese capricho?

LILY.- ¿Capricho, dice? ¿Cómo se atreve a llamar de esa manera a lo que yo siento por usted?

JUAN.- ¿Y qué es? (Burlón.) ¿Una pasión avasalladora, un amor volcánico, un fuego incontenible...?

LILY.- No, no se ría. Es algo diferente. Es una certeza muy honda de que podría hacerle feliz.

JUAN.- ¿Estás muy segura de no equivocarte?

LILY.- Sí.

JUAN.- No será porque no te hayas equivocado otras veces...

LILY.- Esta, no.

JUAN.- Lily: te haré una confidencia. Estoy hasta los pelos de Albertina.

LILY.- (Relamiéndose, como a los cinco años.) ¡Guta nena!

JUAN.- ¡Sí, sí! Tienes razón en casi todo lo que has dicho. Pesa sobre mí, me asfixia, me exige que vaya a los conciertos del Real para mirarme de lejos y a misa los domingos, sin perderme ninguno, y a Benidorm en agosto. Tengo que telefonarla tres veces a diario, y mucho me temo que esté decidida a justificar eso de la guadaña, matándome si la dejo. Soy, según ella; la única infidelidad de su vida conyugal y me hace pagar ese privilegio a un precio tan caro que me abrumba. He llegado ya a esa situación trágica de todos los amantes fatigados que se encuentran más a gusto con el marido que con la mujer. Sí, sí. Agustín me parecía adorable antes de lo de Nati. Imagínate ahora. ¡Y es que estoy hartó! Pero no sé como librarme.

LILY.- ¡Ella te liberó!

JUAN.- Sí, sí... «Hemos terminado para siempre». Las apariencias permitirían suponerlo así. Pero eso en Albertina no es una ruptura, sino un estribillo. Mañana volverá de nuevo.

LILY.- Tenme junto, a ti, Juan. Y no sé atreverá.

JUAN.- Y tú, ¿no reaccionarás lo mismo que Albertina dentro de algunos meses, o de algunos años; si las cosas se tuercen entonces? ¿No te volverás celosa, intransigente, agria? (Se calla.) ¿Ves? Te da miedo comprometerte.

LILY.- (Se mira hacia adentro.) Yo no puedo garantizarte que con el tiempo no cambie. Porque la vejez viene contra nosotros, mismos y nos transforma, pese a nuestra voluntad, Ahora, eso sí, en lo que de mí dependa, yo te juro que trataré de ser leve en tu vida, de ser tus alas y no tu plomo.

JUAN.- (La mira con inevitable ternura.) Lily...

LILY.- Pero el primer día que un hombre y una mujer se encuentran, no deben hablarse como si tuvieran que firmar un contrato. Deben mirarse cara a cara, y si se ven el fondo de los ojos, seguir otro día y otro y otro... Y si ninguno les trae decepciones, ni amarguras, ni recelos, continuar juntos mientras dure, porque nada puede haber en el mundo más bonito que eso.

JUAN.- Voy a darte una oportunidad.

LILY.- Nunca oí nada en mi vida que me sonase mejor. (Se miran tiernamente, se prenden de la mano. Ella le acaricia tenuemente la mejilla. Estalla un trueno y vuelve a oírse la lluvia caer bruscamente sobre el jardín.)

JUAN.- Caramba, otra vez la tormenta... No te muevas. Traeré el coche a la puerta para que no te mojes.

LILY.- ¿Qué importa?

JUAN.- No, no..., es cuestión de un momento. (Y hace mutis por el foro rápidamente. LILY se dispone a salir. Se pone el impermeable, su capucha, se calza los guantes, se mira preocupadamente en el espejito del bolso, se pinta los labios.) (JUAN reaparece. Trae el collar que LILY arrojó por la ventana.) Mira lo que he encontrado.

LILY.- ¿El collar? ¿Cómo no lo viste antes?

JUAN.- No lo sé... ¿Lo volverás a tirar...?

LILY.- ¡Todo cambió tanto...! Ahora, no. (Ella se desnuda el cuello para que JUAN se lo ciña.)

JUAN.- ¿Guta nena?

LILY.- Guta nena. (Después, JUAN se marcha de nuevo. LILY al teléfono.) Marga...

MARGA.- ¿Qué hay, Lily? ¿Apareció la Guadaña?

LILY.- Sí, en su momento justo. Pero ya la he olvidado. Te llamo para decirte que soy la mujer más dichosa de la tierra.

MARGA.- Me alegro mucho, Lily.

LILY.- Hasta mañana, Marga. Ya te contaré.

MARGA.- Hasta mañana. (Cuelga. Se oye el ruido de un motor.)

JUAN.- (Regresa.) ¡Ya está el coche, Lily! ¡Vámonos!

LILY.- (Transida, con la persuasión de que algo muy hondo comienza en aquel instante.) Sí, Juan. (JUAN apaga la luz. Suena el teléfono. JUAN lo descuelga. Se oye a ALBERTINA diciendo: Oiga,

oiga, oiga...)

LILY.- Albertina...

JUAN.- Sí, claro... Llama para decirme que hemos terminado para siempre. Lo que no sabe es que esta vez es de verdad...

(Mientras, impenitentemente, ALBERTINA insiste en el vacío, LILY y JUAN, enmarcados por las jambas de la puerta del foro, como en una postal romántica, se besan dulcemente, al tiempo que cae el)

TELÓN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario